



La educación cultural como eje del desarrollo integral estudiantil.

Sara Porras Cifuentes, Karen Daniela Quiñones Obando.

Corporación Universitaria Minuto de Dios

Rectoría Centro Occidente (Sur Occidente)

Centro Universitario Guadalajara de Buga (Valle del Cauca)

Programa Trabajo Social

Mayo de 2026

La educación cultural como eje del desarrollo integral estudiantil.

Sara Porras Cifuentes, Karen Daniela Quiñones Obando.

Monografía presentada como requisito para optar al título de Trabajador Social

Asesor(a)

Karen Janeth Flor Arboleda

Magíster

Corporación Universitaria Minuto de Dios

Rectoría Centro Occidente (Sur Occidente)

Centro Universitario Guadalajara de Buga (Valle del Cauca)

Programa Trabajo Social

Mayo de 2026

Tabla de contenido

Dedicatoria.....	1
Agradecimientos.....	2
Agradecimientos de Karen Quiñones	2
Agradecimientos de Sara Porras.....	2
Resumen.....	3
Abstract.....	4
Capítulo I.....	5
Introducción	5
Planteamiento del Problema	8
Justificación.....	12
Objetivos	14
Objetivo General	14
<i>Objetivos Específicos.....</i>	<i>14</i>
Capítulo II.....	15
Revisión de Literatura	15
Estado del Arte.....	16
Marco Teórico	20
Educación Como Proceso Integral	20
Desarrollo Integral En La Educación Básica.....	21
Educación Cultural Y Artística	23
Aportes De La Educación Cultural Al Desarrollo Cognitivo.....	24

Aportes De La Educación Cultural Al Desarrollo Socioemocional	26
Educación Cultural Y Construcción De Identidad	27
Desafíos De La Educación Cultural En América Latina Y Colombia	29
Rol Del Trabajo Social En La Educación.....	30
Relación Entre Educación Cultural, Desarrollo Integral Y Trabajo Social.....	32
Enfoques Pedagógicos Que Sustentan La Educación Cultural	33
Educación Cultural En El Currículo Educativo.....	34
Metodologías Activas En La Educación Cultural	36
Educación Cultural Y Diversidad.....	37
Marco Conceptual.....	39
Educación Cultural y Artística	39
Desarrollo Integral.....	39
Educación Básica.....	40
Dimensión Cognitiva.....	40
Dimensión Socioemocional.....	40
Identidad Cultural	41
Diversidad Cultural	41
Metodologías Activas	42
Trabajo Social Educativo	42
Transformación Social.....	42
Marco Legal.....	44
Metodología	48

Paradigma	48
Enfoque.....	49
Alcance	49
Diseño De Investigación.....	49
Población y Muestra	50
Es importante destacar que esta selección no es aleatoria, sino que se basa en criterios de pertinencia, actualidad y relevancia teórica; de este modo, se asegura la calidad de la información analizada.	50
Muestreo	50
Recolección de Datos	51
Técnica	52
Instrumentos	52
Análisis Documental	52
Matriz	53
Confiabilidad y Validez.....	54
Procedimiento.....	54
Análisis de Resultados.	57
Integración de la Educación Cultural en el Contexto Educativo.....	58
Diversidad Cultural en el Aula	59
Limitaciones y Desafíos de la Educación Cultural.....	61
Estrategias Pedagógicas.....	63
Formación Docente	65
Cierre de la Categoría: Integración de la Educación Cultural en el Contexto Educativo ...	67

Trabajo Social y Educación Cultural.....	68
Intervención Social.....	69
Mediación Cultural.....	70
Participación Comunitaria.....	72
Transformación Social.....	73
Cierre de la Categoría: Trabajo Social y Educación Cultural	75
Cierre General del Análisis de Resultados	76
Capítulo III.....	79
Conclusiones	79
Capítulo IV	82
Recomendaciones	82
Referencias.....	85
Anexos	91
Anexo A. Matriz de revisión bibliográfica.....	91

Lista de figuras

Figura 1. Matriz	53
-------------------------------	-----------

Lista de tablas

Tabla 1. Categorías de análisis.....	54
---	-----------

Dedicatoria

Dedicamos esta monografía a la cultura y a todas sus expresiones, por ser parte esencial de la identidad de los pueblos y reflejo de su historia, sus tradiciones, sus creencias y sus formas de ver el mundo. A través de la música, la danza, el arte, la gastronomía, las costumbres y los saberes transmitidos de generación en generación, la cultura nos permite reconocer nuestras raíces y valorar la diversidad que nos rodea. Mantener vivas estas expresiones culturales es una forma de honrar el pasado, fortalecer el presente y asegurar que las futuras generaciones puedan conocer, apreciar y preservar aquello que nos representa como comunidad.

Este trabajo está dedicado de manera especial a mi tía Jenny Damaris Orozco Ríos, por ser una mujer fuerte, alegre y admirable. Su apoyo, su presencia y su ejemplo de fortaleza han sido una inspiración importante. Esta dedicatoria representa una muestra de cariño, respeto y admiración hacia ella.

- Sara Porras Cifuentes.

Agradecimientos

Agradecimientos de Karen Quiñones

Agradezco, en primer lugar a Dios por ser mi guía en cada paso de este proceso, por darme la sabiduría, paciencia y fortaleza en todos esos momentos de desesperación y dificultad, mediante su Espíritu Santo renovación de fuerzas y sabiduría para no desfallecer. A mis padres, por su amor, incondicional, su esfuerzo y dedicación. Gracias por ser el pilar fundamental de mi vida, por esas enseñanzas y por impulsarme cada día a seguir adelante, incluso en los momentos más desafiantes que se me presenten en el camino. A mi docente, por su comprensión, orientación y acompañamiento valioso de sus aportes académicos, la cual hicieron posible el desarrollo y culminación de esta investigación. A todas las personas que de una u otra manera contribuyeron a mi formación; aportando conocimientos, experiencias y aprendizaje significativos. Finalmente, me agradezco a mí misma por la disciplina, el compromiso, la dedicación y el esfuerzo constante demostrando que con perseverancia y convicción, es posible alcanzar cualquier objetivo que nos tracemos a lo largo de nuestra vida.

Agradecimientos de Sara Porras

Agradezco a mi mamá, por su amor incondicional, su apoyo constante, sus consejos y por ser una de las bases más importantes de mi vida. A mis hermanas, por su compañía, cariño y apoyo en cada etapa de mi vida; gracias por brindarme palabras de ánimo y por estar presentes en los momentos importantes. A mi padrastro, por su apoyo, comprensión y acompañamiento durante este proceso; gracias por aportar a mi vida enseñanzas y momentos valiosos que han contribuido a mi crecimiento personal. A mi papá, por su amor, sus enseñanzas y por motivarme a seguir adelante a pesar de los desafíos. A mi tío Mauricio, que fue mucho más que un apoyo para mí; gracias por sus consejos y tiempo dedicado. A mis amigos, por su apoyo, compañía y por estar presentes en los momentos de alegría y dificultad; en especial a mi Chasco, por su cariño, sus palabras de ánimo y por acompañarme de una manera especial durante este proceso. Finalmente, agradezco a mis mascotas, por su compañía, ternura y alegría; su presencia hizo más llevadero este camino y me brindó tranquilidad en los momentos de cansancio.

Resumen

La presente monografía analiza la influencia de la educación cultural en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica, considerando sus dimensiones cognitivas, socioemocionales y sociales, así como el papel del Trabajo Social en la promoción de procesos educativos incluyentes y transformadores. La investigación se desarrolló desde un enfoque cualitativo, bajo un paradigma interpretativo y con diseño documental, mediante la revisión y análisis de fuentes académicas, artículos científicos, documentos institucionales y referentes teóricos relacionados con educación cultural, desarrollo integral, diversidad, metodologías activas y Trabajo Social educativo. La educación cultural es muy importante, no solo es algo divertido o artístico, sino que también ayuda a los estudiantes a ser más creativos, a expresar sus emociones y a conocer mejor su identidad cultural. Además, la educación cultural fomenta la convivencia, la participación y el pensamiento crítico. Sin embargo, hay algunos problemas para implementar la educación cultural en las escuelas; por ejemplo, a menudo no se valora lo suficiente, no hay suficientes recursos, los docentes no tienen la formación necesaria y no se integra bien en el currículo. La educación cultural es fundamental para la formación de los estudiantes. Permite reconocer la diversidad en el aula y fortalecer los vínculos entre la escuela, la familia y la comunidad. Desde el Trabajo Social, es importante apoyar estos procesos a través de la intervención social, la mediación cultural, la participación comunitaria y la creación de espacios educativos más humanos y respetuosos de la diversidad.

Palabras clave: educación cultural, desarrollo integral, educación básica, Trabajo Social, diversidad cultural:

Abstract

This monograph analyzes the influence of cultural education on the comprehensive development of basic education students, taking into account their cognitive, socio-emotional, and social dimensions, as well as the role of Social Work in promoting inclusive and transformative educational processes. The research was carried out from a qualitative approach, within an interpretive paradigm and using a documentary design. It was based on the review and analysis of academic sources, scientific articles, institutional documents, and theoretical references related to cultural education, comprehensive development, diversity, active methodologies, and educational Social Work. Cultural education is highly important because it is not only a recreational or artistic activity, but also a means that helps students become more creative, express their emotions, and strengthen their cultural identity. In addition, cultural education promotes coexistence, participation, and critical thinking. However, there are several challenges in implementing cultural education in schools. For example, it is often not valued enough, there are insufficient resources, teachers may lack the necessary training, and it is not always properly integrated into the curriculum. Cultural education is essential for students' formation because it allows diversity in the classroom to be recognized and helps strengthen the relationship between the school, the family, and the community. From the perspective of Social Work, it is important to support these processes through social intervention, cultural mediation, community participation, and the creation of more human educational spaces that respect diversity.

Keywords: cultural education, integral development, basic education, Social Work, cultural diversity.

Capítulo I

Introducción

En la actualidad, hablar de educación implica replantear la forma en que se concibe el proceso formativo, ya que durante mucho tiempo se ha centrado en la adquisición de conocimientos académicos, dejando de lado otros aspectos esenciales del desarrollo humano. No obstante, en los últimos años ha cobrado fuerza la idea de entender la educación como un proceso integral, en el que se desarrollen no solo habilidades cognitivas, sino también capacidades emocionales, sociales y culturales que permitan a los estudiantes comprender su entorno, relacionarse y construir su identidad. En este sentido, las políticas educativas inclusivas reconocen que la educación debe promover aprendizajes integrales y abrir espacios para la participación de todos los estudiantes (Vera Holguín et al., 2021)

Desde esta mirada, la educación cultural y artística ha adquirido mayor relevancia, especialmente en la educación básica, donde se establecen las bases del desarrollo personal y social. Las experiencias educativas que integran recuerdos tecnológicos y propuestas pedagógicas, favorecen un vínculo más estrecho entre la escuela y la creatividad (Pérez - Cortez et al., 2023) para generar aprendizajes que sean actuales en la realidad de los estudiantes, porque permite que el proceso formativo de alguna manera de viva para conectar saberes precisamente logrando potenciar la participación en los contextos significativos; así, la educación cultural deja de ser un complemento del currículo para convertirse en un elemento clave en la formación integral, pues a través del arte los estudiantes pueden expresar ideas, interpretar su realidad y fortalecer habilidades necesarias para desenvolverse en una sociedad cambiante.

Por otro lado, la educación cultural en la dimensión cognitiva resulta importante por el simple hecho de que las prácticas pedagógicas motivan a que los procesos como la atención, la imaginación, la creatividad, la interpretación y la resolución de problemas. En este contexto lo que es el pensamiento creativo asume un centro de atención dentro del contexto escolar, ya que fortalece la capacidad que los estudiantes puedan proponer ideas, saber enfrentarse a situaciones donde tengan que buscar soluciones a partir de esas experiencias que les resultan muy valiosas y cerca de su mismo entorno. (Moura de carvalho et al., 2021)

De hecho, al reducir la educación cultural solamente a lo cognitivo hace que se limite su alcance, ya que su impacto en lo socioemocional logra motivar a los estudiantes para que expresen sus emociones, fortalezcan su autoestima y puedan desarrollar las habilidades como la empatía, la participación, la comunicación y el trabajo en equipo, porque los recursos de intervención están precisamente orientados al desarrollo de las habilidades sociales en los adolescentes que han mostrado aportes positivos en el autoestima, el bienestar personal, la comunicación social y la resolución de problemas que vienen siendo factores fundamentales para la convivencia escolar (Gonzales & Moreno Jurado, 2023).

En contraste, la educación cultural ayuda mucho en la construcción de la identidad, ya que permite que los estudiantes reconozcan sus raíces, valoren la diversidad, y también comprendan mejor el lugar que ocupan dentro de su comunidad; además, la relación entre la familia y la escuela, especialmente en contextos donde existe diversidad social y cultural, muestra la importancia de tener en cuenta las condiciones culturales, sociales y comunitarias que influyen en los procesos educativos y en la formación de los estudiantes (Gubbins & Otero, 2022).

Igualmente, la educación cultural se caracteriza por el uso de metodologías activas que facilitan aprendizajes significativos, participativos y contextualizados; las estrategias como el trabajo colaborativo, los proyectos artísticos, la expresión cultural y la participación comunitaria permiten que el aprendizaje se acerque más a la realidad de los estudiantes. El aprendizaje cooperativo se relaciona con elementos del proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que promueve la participación, el intercambio y la construcción conjunta del conocimiento en los contextos educativos (Lema-Cachinell et al., 2023).

A pesar de sus beneficios, la educación cultural se enfrenta a desafíos importantes, como la falta de recursos, la escasa formación docente, la baja presencia en el currículo académico y la poca valoración institucional, es por esto que estas limitaciones dificultan que el arte y la cultura sean asumidos como elementos centrales de la formación integral; por ello es que se vuelve algo necesario fortalecer la formación del profesional para la educación cultural, de modo que pueda responder a las necesidades culturales, pedagógicas y creativas del contexto escolar (Delgado Cabrera et al., 2021).

En el contexto del Trabajo Social se vuelve relevante al propiciar una articulación entre escuela, familia, comunidad y cultura, fomentando la inclusión, la participación y el reconocimiento de la diversidad. La relación entre la familia y la escuela requiere una interacción conjunta y el fortalecimiento de redes de colaboración para atender las necesidades formativas de los estudiantes y propiciar su desarrollo integral. (Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023).

Por lo tanto, el presente trabajo de investigación se enfoca en analizar la influencia de la educación cultural en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica, considerando sus dimensiones cognitiva, socioemocional y social; asimismo, busca dialogar con los planteamientos de distintos autores que abordan la importancia de la educación cultural en los procesos formativos y en la construcción de entornos educativos más inclusivos y participativos. En ese sentido, también se reflexiona sobre los desafíos que enfrenta su implementación dentro de las instituciones educativas y sobre el rol del Trabajo Social en el fortalecimiento de estas prácticas, entendiendo que su aporte resulta fundamental para promover procesos de integración, participación y reconocimiento de la diversidad cultural. De este modo, se comprende la educación cultural no solo como una herramienta pedagógica, sino también como una estrategia social y comunitaria que contribuye a una formación más humana, inclusiva y conectada con la realidad de los estudiantes, tal como señalan Moura de Carvalho et al. (2021) y González Moreno y Molero Jurado (2023).

Planteamiento del Problema

La educación está hoy ante uno de sus mayores retos como la formación de sujetos que son capaces de moverse de forma crítica, reflexiva y participativa en una sociedad marcada por la diversidad, la complejidad social y los continuos cambios culturales, que transforman las formas de interacción y construcción de conocimientos; de hecho ya no alcanza con orientar los procesos educativos solamente el enriquecimiento de conocimientos académicos o hacia el cumplimiento de las expectativas tradicionales de aprendizaje, sino más bien que cada vez resulta más necesario promover una formación integral que articule las dimensiones cognitivas, emocionales, sociales y culturales ¿de dónde surge esta necesidad? En si viene relacionando con los enfoques inclusivos actuales, los cuales señalan que la escuela debe favorecer el aprendizaje y la participación de los estudiantes desde el reconocimiento de su diversidad (Vera Holguín et al., 2021).

Desde este sentido, esta visión significa más entender que el desarrollo humano no puede quedarse al aspecto intelectual, sino que debe incluir la formación de individuos que sean capaces de comprender su propia realidad, relacionarse con los demás de forma empática y construir una identidad propia en relación con el entorno en el que viven; de hecho, la educación cultural y artística permite fortalecer experiencias formativas más significativas, pues relaciona la creatividad, la expresión, la sensibilidad y la participación con los procesos de aprendizaje escolar (Pérez-Cortés et al., 2023).

Sin embargo, aun reconociendo lo vital de una enseñanza más completa, persiste una notoria ignorancia entre los enfoques teóricos y lo que en verdad pasa con los sistemas educativos. En la realidad, algunas instituciones siguen dando preferencia a materias vistas como fundamentales, pero partiendo de un enfoque de siempre que da más importancia a los resultados que se pueden medir y el desempeño académico promedio mientras, la enseñanza cultura y artística a menudo queda postergada o vista como algo extra sin gran peso en el programa. Esta situación limita el desarrollo del pensamiento creativo, que es una capacidad necesaria para enfrentar problemas, generar ideas y responder a los desafíos de una sociedad cambiante (Moura de Carvalho et al., 2021).

Esta situación no solo obstaculiza el desarrollo de capacidades creativas y expresivas, sino que también disminuye las oportunidades para reforzar competencias socioemocionales esenciales como la empatía, la comunicación, el trabajo colaborativo y la autorregulación. En este sentido, las habilidades sociales son importantes porque permiten que los adolescentes puedan relacionarse, expresar opiniones, resolver problemas y participar de manera adecuada en distintos contextos escolares y sociales (González Moreno & Molero Jurado, 2023).

Del mismo modo, Pérez-Cortés et al (2023) menciona que esta problemática tiene mayor importancia si se tiene en cuenta que la educación cultural no solo afecta al desarrollo individual, sino también a la construcción de sociedades más inclusivas, democráticas y cohesionadas. El arte y la cultura, les permiten a los estudiantes interpretar su entorno, cuestionar su realidad y desarrollar una postura crítica ante las problemáticas sociales. Sin embargo, al no ser priorizadas dentro del currículo, estas áreas pierden gran parte de su potencial transformador, quedando en muchos casos reducidas a espacios recreativos sin una intencionalidad pedagógica clara. Por eso se reconoce la importancia de integrar experiencias artísticas y culturales que faciliten aprendizajes profundos, significativos y relacionados con la realidad de los estudiantes.

En el contexto latinoamericano, esta situación está influenciada y, en muchos casos, profundizada por factores estructurales como la desigualdad social, la limitada inversión en educación y la ausencia de políticas culturales sólidas, ya que persisten “múltiples desigualdades y asimetrías que imperan en América Latina” (De la Cruz Flores, 2022). De este modo, son muchas las instituciones que no disponen de recursos, ni de infraestructura ni de personal idóneo para llevar a cabo los procesos de educación cultural de una manera eficiente, lo cual limita el acceso a experiencias de formación completas, sobre todo en las poblaciones vulnerables. Desde este punto de vista, la educación inclusiva plantea la necesidad de eliminar barreras para el aprendizaje y la participación, garantizando condiciones que permitan una formación más equitativa (Vera Holguín et al., 2021).

También en América Latina se evidencian problemáticas como la pérdida de identidad cultural, la homogeneización de las expresiones culturales y la escasa valoración de los saberes tradicionales, debido a que “la globalización y los modelos educativos homogéneos han contribuido al debilitamiento de las identidades culturales y de los saberes ancestrales en distintos pueblos latinoamericanos” (Quilaqueo Rapimán & Torres Cuevas, 2021). Ante esto, la

educación cultural podría tener un rol fundamental en la preservación de la diversidad y la construcción de ciudadanía. Los estudios sobre interculturalidad en la educación básica latinoamericana coinciden en que la escuela puede ser un espacio para reconocer la diversidad cultural, para favorecer la convivencia y para promover sociedades más inclusivas y más justas (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

En Colombia, si bien existen orientaciones que reconocen la importancia de la educación artística y cultural, su implementación se ve limitada por diversos factores como la baja intensidad horaria, la falta de recursos didácticos, la escasa formación docente y la poca valoración institucional. Como resultado, esta área tiende a percibirse como secundaria, lo cual reduce su impacto en el desarrollo integral de los estudiantes. En este sentido, la preparación de educadores artísticos se muestra como una necesidad para fortalecer procesos pedagógicos capaces de integrar las artes con una visión humanista, cultural y creativa de la educación (Verdecía Almaguer, 2022).

Esta problemática es especialmente importante en un país de gran diversidad cultural. La educación cultural, en este sentido, podría ayudar a construir identidad, a fortalecer el sentido de pertenencia y a promover valores como el respeto y la tolerancia. Además, en un país signado por procesos históricos de conflicto, se plantea como una herramienta clave para la reconstrucción del tejido social. La educación intercultural en América Latina se orienta justamente al reconocimiento de la diversidad, la igualdad de oportunidades y la eliminación de formas de discriminación en los espacios educativos. (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

En el ámbito local, en municipios como Guadalajara de Buga, estas dificultades se evidencian en la falta de recursos, espacios y apoyo institucional, lo que restringe la participación de los estudiantes en actividades culturales. Esto disminuye las oportunidades para desarrollar habilidades creativas, expresivas y sociales, perjudicando su desarrollo integral. De igual manera, la escasa relación de la escuela con la familia y la comunidad contribuye a la pérdida de vínculos culturales en los estudiantes, impactando su identidad y participación. Por eso, se reconoce la necesidad de fortalecer la relación familia-escuela a través de acciones coordinadas, estrategias educativas compartidas y vínculos que respondan a las realidades históricas y sociales de los estudiantes (Franco Marín, 2023).

Ante esta realidad, el Trabajo Social adquiere gran relevancia, ya que puede actuar de mediador entre la escuela, la familia y la comunidad, promoviendo la inclusión, la participación y el reconocimiento de la diversidad cultural. La intervención educativa requiere el trabajo de distintos actores, pero es fundamental fortalecer la relación familia-escuela y construir redes de apoyo para atender las necesidades formativas y sociales de los estudiantes (Franco Marín, 2023).

Así, queda expuesta una gran brecha entre el reconocimiento teórico de la educación cultural y su aplicación práctica, lo cual obstaculiza tanto el desarrollo integral de los estudiantes como la construcción de sociedades más inclusivas y justas. Asimismo, es importante comprender que el desarrollo integral es un proceso complejo que integra múltiples dimensiones, en el cual la educación cultural puede desempeñar un papel fundamental si se superan las barreras existentes y se revalora su importancia dentro del sistema educativo. Por ello, se requiere fortalecer una educación que articule creatividad, inclusión, interculturalidad, familia y comunidad como elementos centrales para la formación integral (Moura de Carvalho et al., 2021; Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

De esta manera, se plantea la siguiente pregunta de investigación:

¿Cómo influye la educación cultural en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica, considerando sus dimensiones cognitivas, socioemocional y social desde la mediación del trabajador social en los procesos educativos y participativos de la transformación social?

Justificación

Esta investigación nació de la necesidad de comprender y dar a conocer el papel fundamental que cumple la educación cultural en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica. La historia de los procesos educativos ha priorizado la transmisión de conocimientos y los enfoques tradicionales centrados en el rendimiento académico, dejando de lado dimensiones esenciales para la formación humana, como lo emocional, lo social, lo cultural y lo creativo. En este sentido, la educación inclusiva plantea la importancia de generar procesos escolares que favorezcan el aprendizaje, la participación y el reconocimiento de la diversidad de los estudiantes (Vera Holguín, et. al, 2021).

Esta visión permite ver una gran brecha entre los discursos de la educación contemporánea, que promueven una formación integral, y las prácticas escolares que todavía priorizan resultados académicos medibles. Si bien estos procesos pueden ser eficaces en términos de rendimiento, resultan limitados para la formación de niños, niñas y adolescentes autónomos, críticos y capaces de comprender su realidad. Por ello, la educación cultural no debe considerarse sólo como una alternativa pedagógica, sino como una necesidad ante los desafíos de sociedades marcadas por la diversidad, la desigualdad y la constante transformación de los contextos sociales. Por otra parte, el pensamiento creativo tiene un papel muy importante dentro del ámbito educativo, ya que ayuda a que los estudiantes tengan mayor capacidad para proponer soluciones, afrontar problemas y participar de forma activa en su proceso de aprendizaje. (Moura de Carvalho et al., 2021).

Con este propósito, la escuela no sólo cumple una función educativa, sino que también puede reproducir o transformar desigualdades sociales, sobre todo en las poblaciones vulnerables que tienen menor acceso a experiencias culturales significativas. Estas vivencias son importantes para robustecer el tejido social, ampliar las oportunidades de los estudiantes y propiciar una formación más sensible, participativa e inclusiva. En este contexto, es importante examinar la función del trabajador social en los procesos educativos, no únicamente desde una perspectiva asistencial, sino también como mediador entre la escuela, la familia y la comunidad. La relación escuela-familia requiere acciones concertadas que faciliten el fortalecimiento de los vínculos educativos y que permitan responder de forma más contextualizada a las necesidades de los estudiantes (Franco Marín, 2023).

Por último, la presente monografía representa un aporte social, ya que busca contribuir a la construcción de una educación más equitativa, inclusiva y consciente, capaz de formar niños, niñas y jóvenes sensibles, críticos y comprometidos con su entorno. Reconocer la educación cultural como un eje central en la formación de los estudiantes permite avanzar hacia sociedades más justas, donde la diversidad cultural sea valorada y donde la educación se convierta en un verdadero medio de transformación social. Desde esta perspectiva, la interculturalidad en la educación básica favorece el reconocimiento de la diversidad, la convivencia y la construcción de espacios escolares más inclusivos (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Objetivos

Objetivo General

Analizar la influencia de la educación cultural en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica, considerando sus dimensiones cognitivas, socioemocional y social desde la mediación del trabajador social en los procesos educativos y participativos de la transformación social.

Objetivos Específicos

Identificar los aportes de la educación cultural en el desarrollo socioemocional y social de los estudiantes de educación básica, a partir de la revisión de fuentes académicas.

Describir las principales limitaciones y desafíos que enfrenta la implementación de la educación cultural dentro del sistema educativo, especialmente en contextos latinoamericanos y colombianos desde la visión del trabajo social.

Capítulo II

Revisión de Literatura

La revisión de literatura representa una parte fundamental dentro de esta investigación, ya que permitió conocer qué se ha estudiado sobre el tema, cuáles son los principales aportes teóricos y qué elementos conceptuales ayudan a comprender mejor el problema planteado; de la misma forma, la revisión se enfoca de primera mano en la relación entre la educación cultural y artística, el desarrollo completo de los estudiantes de educación básica y el papel del Trabajo Social en la educación. No se busca que este capítulo se trate únicamente de juntar a varios autores ni de dar citas por separado, lo que intenta es ordenar las ideas principales que nos ayudan a comprender por qué la educación en arte y cultura es una herramienta valiosa para la formación de los estudiantes; también se busca explicar cómo esta parte de la educación no sólo ayuda a los estudiantes a aprender en la escuela sino que también contribuye a su desarrollo emocional, social, creativo, cultural e identidad.

Este capítulo se divide en cuatro partes importantes. La primera parte habla sobre el estado del arte, donde se revisan estudios recientes sobre educación artística, desarrollo integral, educación emocional, inclusión escolar y cultura. La segunda parte explica las teorías principales que apoyan la investigación. Después, se presentan los conceptos clave del estudio. Al final, se mencionan las leyes colombianas que apoyan la educación cultural, la formación integral y el papel del Trabajo Social en la educación.

Estado del Arte

La educación cultural y artística deja de verse como diversión o complemento. Antes, en la escuela, el arte era una materia de menor importancia. Sin embargo, hoy en día muchos especialistas han demostrado que las vivencias artísticas y culturales son de suma importancia para la formación de los estudiantes. Estas vivencias contribuyen a que los estudiantes sean más creativos, expresen sus emociones, se comuniquen mejor, piensen de forma crítica, conozcan su identidad cultural y convivan en armonía con los demás.

Para empezar, la UNESCO (2021) plantea la necesidad de replantear la educación, a fin de dar respuesta a los retos actuales de la sociedad. Esta organización plantea que la escuela debe contribuir a construir sociedades más justas, solidarias, democráticas e inclusivas. Esto quiere decir que la educación no puede reducirse a la transmisión de contenidos, sino que debe formar personas capaces de vivir con los demás, de participar en su entorno y de contribuir al bienestar común. Desde este punto de vista, la educación cultural y artística resulta ser una parte importante de la formación integral, ya que permite trabajar la sensibilidad, la diversidad, la creatividad y el sentido de pertenencia.

Este planteamiento es relevante para la presente investigación, ya que permite comprender que el arte y la cultura no son elementos decorativos dentro de la escuela. Por el contrario, hacen parte de una educación más amplia, en la que el estudiante es visto como una persona completa, con emociones, experiencias, historia, identidad y relaciones sociales. En este sentido, la educación cultural contribuye a que los estudiantes se reconozcan a sí mismos, reconozcan a los demás y comprendan mejor el contexto en el que viven.

De manera similar, Meneses Luna y Valencia Arguello (2023) estudian cómo la educación artística influye positivamente a los estudiantes en general. Estos autores dicen que las actividades artísticas ayudan en áreas como la cognición, las emociones y lo social. Es decir, el arte no solo sirve para que los estudiantes dibujen, canten, bailen o actúen, sino que también ayuda a desarrollar habilidades como la creatividad, la comunicación, la sensibilidad y la confianza en uno mismo. Desde este punto de vista, la educación artística es muy valiosa porque permite que los estudiantes aprendan a través de experiencias y expresiones.

Este aporte permite comprender que para lograr un desarrollo integral no son suficientes las asignaturas tradicionales, tales como: matemáticas, lenguaje, ciencias naturales y ciencias sociales son esenciales. Pero es importante también que los estudiantes tengan espacios para crear, imaginar y expresar emociones y de igual forma, tienen que construir relaciones con los demás. Por lo tanto, la educación artística debe ser considerada como un componente esencial en el proceso educativo.

Por otra parte, Espín et al. (2025) estudian el impacto de la educación artística en estudiantes de educación básica en Ecuador. Estos autores destacan que las prácticas artísticas fortalecen la participación, la expresión emocional, la creatividad y la interacción social. Este estudio resulta importante porque muestra que el arte puede generar espacios donde los estudiantes no solo aprenden contenidos, sino que también se expresan, comparten con sus compañeros y desarrollan confianza en sus capacidades.

En este mismo sentido, la educación artística es muy útil para mejorar la atmósfera en las escuelas. Cuando los estudiantes participan en actividades culturales o artísticas, pueden trabajar juntos, escuchar a sus compañeros, respetar ideas diferentes y hacer proyectos en equipo. Esto ayuda a que los estudiantes se lleven bien, porque el arte crea espacios donde pueden relacionarse de una manera diferente a la que sucede en las clases normales.

En el contexto colombiano, Jara Hernández, Correa Holguín y Martínez Guzmán (2025) plantean que la educación artística y cultural puede funcionar como un eje transversal en la escuela. Esto quiere decir que no debería limitarse únicamente a una materia específica, sino que puede relacionarse con otras áreas del conocimiento. Por ejemplo, una actividad artística puede servir para trabajar temas de historia, identidad, territorio, convivencia, literatura o medio ambiente. De esta manera, el arte se convierte en una herramienta que ayuda a hacer más significativos los aprendizajes.

Este aporte resulta muy importante porque muchas veces la educación artística se trabaja de manera aislada, como si no tuviera relación con las demás áreas. Sin embargo, cuando se integra al currículo de forma transversal, permite que los estudiantes comprendan los contenidos desde diferentes lenguajes y experiencias. Esto favorece un aprendizaje más cercano a su realidad y más conectado con sus intereses.

Asimismo, Morales Montiel, Grijalva Matamoros y Villanueva Núñez (2025) explican que la educación cultural artística aporta al desarrollo cognitivo de los estudiantes. Según estos autores, las actividades artísticas pueden fortalecer procesos como la atención, la memoria, la creatividad y el pensamiento crítico. Esto permite comprender que el arte no solo tiene un valor emocional o expresivo, sino que también contribuye al aprendizaje académico.

Esta idea es importante porque se asocia que el arte solo tiene que ver con las emociones o con divertirse. Pero lo cierto es que el arte también hace que el cerebro trabaje de manera compleja. Por ejemplo, cuando un estudiante actúa en una obra, crea algo, participa en una obra de teatro o compone una canción, está prestando atención, analizando, tomando decisiones, organizando sus ideas y resolviendo problemas. Todo esto forma parte de cómo se desarrolla nuestra capacidad para pensar y aprender.

Desde la dimensión emocional, Castaño Uribe y Arias Gómez (2024) resaltan la relevancia de la educación emocional en la escuela. Estos autores afirman que competencias como la empatía, la autorregulación, la convivencia y la construcción de vínculos positivos, son fundamentales para el desarrollo de los estudiantes. Bajo este punto de vista, la educación cultural y artística se convierte en un medio valioso para trabajar las emociones, ya que permite a los estudiantes expresar lo que sienten de una manera simbólica, creativa y menos rígida.

Por su parte, Montenegro y Díaz (2022) hacen énfasis en la necesidad de la intervención social educativa para fortalecer la inclusión escolar. Este aporte permite ubicar al Trabajo Social como una profesión que puede contribuir a mejorar las condiciones educativas de los estudiantes, en especial cuando existen dificultades familiares, sociales, económicas o comunitarias que afectan su aprendizaje. Desde este punto de vista, el trabajador social puede actuar de puente entre la escuela, la familia y la comunidad.

Esto es especialmente importante, ya que no todos los estudiantes llegan a la escuela en iguales condiciones. Algunos pueden tener una situación de vulnerabilidad, problemas familiares, falta de recursos, dificultades emocionales o barreras sociales que puedan afectar su rendimiento escolar. Por eso, el Trabajo Social puede aportar una mirada más amplia, ayudando a identificar necesidades, a acompañar procesos y a fortalecer redes de apoyo.

Finalmente, Rodríguez y Castro (2022) señalan que la educación cultural encuentra múltiples obstáculos dentro del sistema educativo contemporáneo. Estos retos incluyen la falta de recursos, poca intensidad horaria, poca formación docente y el hecho de que el arte sea considerado una materia secundaria. Esta postura permite entender que, aun cuando la educación cultural posee un gran potencial, todavía existen limitaciones que dificultan su concreta aplicación en las instituciones educativas.

En conclusión, al revisar lo que ya se conoce se puede ver que la educación cultural y artística ayuda al desarrollo integral de los estudiantes. Esto les ayuda a mejorar sus capacidades de pensamiento y la forma en que se relacionan con los demás. Además, esta educación les hace valorar su propia cultura y se sienten parte de la escuela. También muestra que el Trabajo Social puede ser de mucha utilidad para crear escuelas que se preocupen por las personas, que todos participen y se comprendan mejor las necesidades de los estudiantes.

Marco Teórico

Educación Como Proceso Integral

Hoy en día, hablar de educación, ya no es solamente verla como una mera transmisión de contenidos. La educación es un proceso amplio y dinámico que abarca distintas dimensiones del ser humano como lo cognitivo, lo emocional, lo social, lo cultural y lo ético. Por eso, resulta cada vez más necesario concebir la escuela como un espacio donde no tan solo se adquiere información, sino donde también se construyen personas capaces de comprender su realidad, convivir con otros y participar activamente en la sociedad (UNESCO, 2021; García & Pérez, 2022).

Bajo este punto de vista, la educación integral se propone que el alumno no sea percibido solamente como alguien que debe memorizar contenidos o responder evaluaciones, sino como un sujeto íntegro que siente, piensa, se relaciona, crea y construye significados a partir de su entorno. En este sentido, la UNESCO (2021) afirma que la educación debe estar a la altura de los retos actuales, fomentando una formación más humana, solidaria, inclusiva y orientada al bien común.

En la misma línea, García y Pérez (2022) afirman que los sistemas educativos deben transformarse para fortalecer competencias necesarias en el siglo XXI, tales como la creatividad, la resolución de problemas, la adaptación al cambio, el pensamiento crítico y la participación social. Esto permite entender que la educación actual no puede quedarse en los modelos tradicionales centrados únicamente en la repetición de información, sino que debe generar experiencias donde el estudiante analice, cuestione, proponga y participe activamente en su aprendizaje.

Es importante reconocer, también, que el aprendizaje no ocurre en el vacío sino que está influido por el entorno social, cultural y económico donde vive el estudiante. Por tal razón, López y Ramírez (2023) afirman que el aprendizaje es más significativo cuando se vincula con las experiencias, necesidades y realidades de quien aprende. Eso significa que una educación verdaderamente integral debe considerar a la familia, a la comunidad, la cultura y las condiciones particulares de cada estudiante.

Dentro de esta visión más amplia de la educación, la dimensión artística y cultural adquiere un papel fundamental: La cultura y el arte posibilitan que los estudiantes puedan expresar sus emociones, afianzar su identidad, desarrollar su sensibilidad y vincularse con su entorno de manera más creadora. Castillo (2020) sostiene que la cultura contribuye a la formación integral, pues ayuda a los estudiantes a reconocerse dentro de una comunidad y a valorar las tradiciones, los símbolos y las prácticas que forman parte de su vida social.

De igual manera, Fernández y Díaz (2021) afirman que la creatividad y la educación artística en el aula promueven la participación activa, la imaginación y la capacidad de resolver problemas. Esto muestra que el arte no debe ser visto como una actividad secundaria o simplemente recreativa, sino como una herramienta pedagógica que puede contribuir al desarrollo de habilidades importantes para la vida escolar y social.

Concebir la educación como un proceso integral, implica también reconocer que el estudiante necesita formarse en diferentes dimensiones. No sólo debe aprender contenidos académicos, sino que necesita desarrollar habilidades emocionales, sociales, culturales y críticas. Por lo tanto, la educación integral debe proveer experiencias diversas, significativas y contextualizadas a los estudiantes (UNESCO, 2021; Bisquerra, 2020).

Desarrollo Integral En La Educación Básica

El desarrollo integral en la educación básica se refiere a la formación completa del estudiante, teniendo en cuenta sus dimensiones cognitivas, emocionales, sociales, culturales y éticas. Esta idea parte de reconocer que los niños, niñas y adolescentes no solo necesitan adquirir conocimientos, sino también aprender a convivir, expresar sus emociones, fortalecer su identidad y participar en su entorno de manera responsable (UNESCO, 2021; UNICEF, 2021).

La educación básica es una etapa fundamental, porque durante estos años los estudiantes construyen muchas habilidades que serán importantes para su vida. En esta etapa se fortalecen formas de pensar, de relacionarse, de comunicar emociones y de comprender el mundo. Por eso, la escuela tiene una responsabilidad muy importante, ya que no solo acompaña el aprendizaje académico, sino también el crecimiento personal y social de los estudiantes (UNICEF, 2021; García & Pérez, 2022).

Desde la educación emocional, Bisquerra (2020) afirma que competencias como la conciencia emocional, la autorregulación, la empatía y las habilidades sociales deben trabajarse dentro de los procesos educativos. Esto es importante porque las emociones influyen directamente en la manera como los estudiantes aprenden, se relacionan con sus compañeros y enfrentan las dificultades que aparecen en la vida escolar.

De manera complementaria, Goleman (2020) plantea que la inteligencia emocional es fundamental para el bienestar personal y social. Desde esta mirada, reconocer, comprender y manejar las emociones no es algo separado del aprendizaje, sino una parte esencial de la formación humana. Por eso, cuando la escuela trabaja la dimensión emocional, también está aportando al desarrollo integral de los estudiantes.

Por otra parte, Gardner (2021) plantea que existen diferentes tipos de inteligencia y que no todos los estudiantes aprenden de la misma manera. Esta teoría permite comprender que algunos estudiantes pueden sobresalir en lo musical, otros en lo corporal, otros en lo espacial, otros en lo interpersonal o intrapersonal. Es por ello que una educación integral debe reconocer esa diversidad de capacidades y ofrecer diferentes modalidades de aprendizaje.

Aquí la educación artística y cultural es de particular relevancia, ya que permite a los estudiantes desarrollar capacidades que en muchos casos no son reconocidas por los modelos tradicionales de enseñanza. A través de la música, la danza, el teatro, la pintura, la expresión corporal o la creación artística, los estudiantes pueden demostrar capacidades que no siempre se manifiestan en una clase centrada únicamente en lo académico (Gardner, 2021; Fernández & Díaz, 2021).

Desde una mirada crítica, Giroux (2020) afirma que la educación debe formar sujetos con la capacidad de analizar su realidad y participar en su transformación. Esto permite entender que el desarrollo integral no solo se refiere al crecimiento individual del estudiante, sino también a su capacidad de comprender los problemas sociales, cuestionar las desigualdades y actuar de manera responsable dentro de su comunidad.

Morales Montiel, Grijalva Matamoros y Villanueva Núñez (2025) señalan por su parte que la educación cultural artística promueve la integración de elementos cognitivos, sociales y emocionales. Esto significa que el arte no trabaja una sola dimensión del estudiante, sino que

puede contribuir al pensamiento, la creatividad, la convivencia, la expresión emocional y la construcción de la identidad.

Así, el desarrollo integral en la educación básica puede entenderse como un proceso amplio que requiere diversas estrategias y áreas formativas. La educación cultural, la educación emocional y el acompañamiento social hacen que la escuela pueda responder de una manera más adecuada a las necesidades reales de los estudiantes, sin que queden reducidas a su rendimiento académico (Bisquerra, 2020; Montenegro y Díaz, 2022).

Educación Cultural Y Artística

La educación cultural y artística ha sido vista durante mucho tiempo como una asignatura secundaria o como un espacio dedicado principalmente a actividades recreativas. Sin embargo, diferentes autores muestran que el arte y la cultura tienen un valor mucho más amplio dentro de la formación escolar, ya que aportan al desarrollo de la creatividad, la expresión emocional, la identidad, la comunicación y el pensamiento crítico (Winner, Goldstein, & Vincent-Lancrin, 2022; Meneses Luna & Valencia Arguello, 2023).

La educación artística no debe entenderse únicamente como aprender técnicas de dibujo, música, danza o teatro. Aunque estas habilidades son importantes, su aporte va más allá de lo técnico. El arte permite que los estudiantes interpreten la realidad, expresen lo que sienten, comuniquen ideas y construyan significados sobre sí mismos y sobre su entorno (Fernández & Díaz, 2021; Castillo, 2020).

Winner, Goldstein y Vincent-Lancrin (2022) sostienen que la educación artística puede favorecer habilidades como la creatividad, la comunicación, la atención y el pensamiento crítico. Esto permite comprender que el arte no solo tiene un valor expresivo, sino también cognitivo, porque cuando un estudiante participa en una actividad artística debe observar, interpretar, tomar decisiones, organizar ideas y resolver problemas.

De forma similar, Meneses Luna y Valencia Arguello (2023) plantean que la educación artística tiene un impacto positivo en el desarrollo integral de los estudiantes, ya que fortalece dimensiones cognitivas, emocionales y sociales. Esta idea ayuda a entender que el arte no se limita a una actividad manual o decorativa, sino que puede convertirse en una experiencia formativa completa.

También, Espín García et al. (2025) señalan que la educación artística en estudiantes de educación básica favorece la participación, la creatividad, la expresión emocional y la interacción social. Esto resulta importante porque muestra que las actividades artísticas pueden generar espacios donde los estudiantes se sienten parte del proceso, comparten con otros y desarrollan confianza en sus capacidades.

Desde la teoría de las inteligencias múltiples, Gardner (2021) ayuda a comprender por qué la educación artística es necesaria en la escuela. Si existen diferentes formas de inteligencia, entonces también deben existir diferentes formas de enseñar y aprender. En este sentido, el arte abre posibilidades para que los estudiantes desarrollen capacidades musicales, corporales, espaciales, interpersonales e intrapersonales.

Por otro lado, el Ministerio de Educación Nacional (2020) reconoce la educación artística y cultural como un área importante dentro de la formación escolar en Colombia. Desde esta orientación, el arte y la cultura deben aportar al desarrollo integral, la sensibilidad, la creatividad y la valoración del contexto cultural de los estudiantes. Esto permite afirmar que la educación cultural no debe reducirse a actividades ocasionales, sino que debe tener una intención pedagógica clara.

Así, la educación cultural y artística se ha ido fortaleciendo como un campo importante dentro de la educación. Su valor no está solo en que los estudiantes realicen actividades creativas, sino en que estas experiencias les permiten pensar, sentir, convivir, expresarse y comprender mejor su realidad. Por esta razón, incluir el arte en la escuela no es un lujo ni un complemento, sino una necesidad dentro de una educación integral (UNESCO, 2021; Morales Montiel et al., 2025).

Aportes De La Educación Cultural Al Desarrollo Cognitivo

La relación entre educación cultural y desarrollo cognitivo ha sido estudiada por diferentes autores, quienes señalan que las prácticas artísticas no solo enriquecen la expresión, sino que también influyen en procesos mentales importantes para el aprendizaje. Entre estos procesos se encuentran la atención, la memoria, la creatividad, la imaginación, el pensamiento crítico y la resolución de problemas (Winner et al., 2022; Sánchez & Ortega, 2022).

Winner et al. (2022) explican que la participación en actividades artísticas puede fortalecer habilidades cognitivas que también son útiles en otros campos del aprendizaje. Esto quiere decir que el arte no actúa de forma aislada, sino que puede apoyar procesos necesarios para comprender, analizar y producir conocimiento en diferentes áreas escolares.

En esta misma línea, Morales Montiel et al. (2025) plantean que la educación cultural artística permite una comprensión más integral del conocimiento, porque articula lo conceptual con lo experiencial. Es decir, el estudiante no solo recibe información, sino que la vive, la interpreta, la representa y la resignifica a partir de experiencias creativas.

Por otra parte, Herrera (2020) señala que la educación musical puede aportar al desarrollo cognitivo de los estudiantes, especialmente porque involucra procesos como la memoria, la atención, la coordinación y la interpretación. Esto muestra que las expresiones artísticas, como la música, pueden ayudar a fortalecer habilidades mentales importantes dentro del proceso educativo.

La teoría del aprendizaje significativo de Ausubel (2020) también permite comprender la importancia de la educación cultural en el desarrollo cognitivo. Según este enfoque, el aprendizaje ocurre de manera más profunda cuando los nuevos conocimientos se relacionan con saberes previos. Por eso, las prácticas culturales y artísticas pueden facilitar el aprendizaje, ya que conectan los contenidos escolares con experiencias cercanas al estudiante.

De manera complementaria, Pérez y Castillo (2021) afirman que las experiencias artísticas favorecen aprendizajes más dinámicos, participativos y significativos en la educación básica. Esto ocurre porque el estudiante no se limita a memorizar información, sino que participa activamente, crea, interpreta y relaciona lo aprendido con su propia realidad.

Sánchez y Ortega (2022) también resaltan que las actividades artísticas promueven procesos cognitivos como la atención, la memoria y el pensamiento crítico. Esto permite entender que el arte puede ser una estrategia pedagógica útil para fortalecer el aprendizaje, sobre todo cuando involucra al estudiante en dinámicas activas y creativas.

Además, la creatividad es una habilidad clave dentro del desarrollo cognitivo. Fernández y Díaz (2021) señalan que la educación artística favorece la imaginación y la capacidad para resolver problemas. Esto significa que el arte no solo permite crear productos visuales, musicales

o escénicos, sino que también ayuda a pensar de manera flexible y a buscar diferentes soluciones ante una situación.

Por consiguiente, la educación cultural aporta al desarrollo cognitivo porque permite que los estudiantes observen, analicen, creen, interpreten y conecten conocimientos con experiencias. Cuando el aprendizaje se vincula con la cultura, la emoción y la práctica, deja de ser un proceso mecánico y se convierte en una experiencia más significativa (Ausubel, 2020; Ruiz & Mendoza, 2023).

Aportes De La Educación Cultural Al Desarrollo Socioemocional

La educación cultural y artística también desempeña un papel importante en el desarrollo socioemocional de los estudiantes. A través del arte, los niños, niñas y adolescentes pueden expresar emociones, fortalecer su autoestima, mejorar su comunicación y aprender a relacionarse con los demás de una manera más respetuosa y colaborativa (Bisquerra, 2020; Vargas & León, 2021).

Desde la educación emocional, Bisquerra (2020) plantea que la escuela debe fortalecer competencias como la conciencia emocional, la autorregulación, la empatía y las habilidades sociales. Estas competencias son necesarias para la formación integral, porque influyen directamente en la convivencia escolar, el bienestar personal y la manera como los estudiantes enfrentan las situaciones de la vida cotidiana.

Goleman (2020), desde la teoría de la inteligencia emocional, sostiene que reconocer, comprender y gestionar las emociones es fundamental para el bienestar personal y social. En este sentido, el arte puede ser una herramienta valiosa porque permite que los estudiantes expresen lo que sienten mediante lenguajes simbólicos, como la pintura, la música, el teatro, la danza o la escritura creativa.

Vargas y León (2021) señalan que la educación artística favorece procesos de regulación emocional, ya que ayuda a los estudiantes a canalizar sus emociones de manera más adecuada. Esto es importante porque muchas veces los estudiantes no encuentran palabras para expresar lo que sienten, pero pueden hacerlo a través de una actividad artística que les permita representar sus emociones.

De forma similar, Gómez y Rincón (2022) sostienen que las prácticas artísticas fortalecen habilidades como la empatía, la comunicación, el trabajo colaborativo y la autoestima. Esto tiene sentido porque cuando un estudiante participa en actividades culturales no solo está creando, sino que también está compartiendo con otros, recibiendo retroalimentación y aprendiendo a valorar su propio trabajo.

El aprendizaje cooperativo también es un apoyo importante para comprender el aporte de la educación cultural al desarrollo socioemocional. Johnson y Johnson (2020) plantean que el trabajo grupal basado en la colaboración fortalece habilidades como la comunicación, la cooperación, la resolución de conflictos y el respeto por los demás. Por eso, las actividades artísticas colectivas pueden convertirse en espacios adecuados para fortalecer la convivencia.

Además, Castaño Uribe y Arias Gómez (2024) explican que la educación emocional en la escuela está relacionada con la construcción de vínculos positivos y con la mejora de las relaciones entre estudiantes. Desde esta perspectiva, las experiencias culturales y artísticas pueden ayudar a crear ambientes escolares más participativos, donde los estudiantes aprendan a escuchar, negociar y compartir con otros.

En este sentido, las contribuciones de la educación cultural al desarrollo socioemocional son amplias. No solo permiten expresar emociones, sino también fortalecer habilidades sociales, mejorar la autorregulación, desarrollar empatía y construir relaciones más sanas dentro del aula. Por eso, el arte debe ser entendido como parte de una educación más humana e integral (Bisquerra, 2020; Castaño Uribe & Arias Gómez, 2024).

Educación Cultural Y Construcción De Identidad

La construcción de la identidad es un proceso complejo que se desarrolla a partir de las experiencias, relaciones, símbolos, costumbres y prácticas culturales que rodean a cada persona. En este sentido, la educación cultural tiene un papel importante porque permite que los estudiantes se reconozcan como parte de una historia, una comunidad y un entorno social que les da sentido de pertenencia (Castillo, 2020; UNESCO, 2021).

Castillo (2020) señala que la cultura y la educación son fundamentales para una formación integral, porque ayudan a los estudiantes a reconocer sus raíces, valorar sus tradiciones y comprender su contexto. Esto permite entender que la identidad no se construye de

forma aislada, sino en relación con las experiencias culturales compartidas dentro de la familia, la escuela y la comunidad.

La UNESCO (2021) también plantea que la educación debe reconocer y valorar la diversidad cultural como parte central del proceso formativo. Esto significa que no basta con incluir contenidos culturales de manera superficial, sino que es necesario promover el diálogo, el respeto por las diferencias y la construcción de identidades abiertas y conscientes.

Desde esta mirada, la educación cultural fortalece el sentido de pertenencia porque permite que los estudiantes reconozcan el valor de su historia y de sus prácticas culturales. Cuando la escuela integra expresiones culturales cercanas al estudiante, contribuye a que este se sienta reconocido dentro del proceso educativo (Castillo, 2020; Ministerio de Educación Nacional, 2020).

Por otra parte, la dimensión socioemocional también influye en la construcción de identidad. Castaño Uribe y Arias Gómez (2024) plantean que el desarrollo emocional en la escuela se relaciona con la manera como los estudiantes se perciben a sí mismos y establecen vínculos con los demás. Por eso, las experiencias culturales y artísticas pueden fortalecer tanto la identidad personal como la identidad social.

En el contexto actual, marcado por cambios sociales y culturales constantes, la identidad también enfrenta desafíos. López y Ramírez (2023) señalan que el aprendizaje debe estar conectado con el contexto social de los estudiantes, porque este influye en la forma como comprenden el mundo. Desde esta perspectiva, la educación cultural permite conservar, valorar y resignificar las tradiciones locales dentro de los procesos escolares.

De esta manera, la educación cultural no solo contribuye al desarrollo académico, sino que también impacta en la forma como los estudiantes se reconocen a sí mismos y se relacionan con su comunidad. Cuando un estudiante comprende quién es, de dónde viene y cómo se vincula con su entorno, su proceso educativo adquiere un sentido más profundo y significativo (Castillo, 2020; UNESCO, 2021).

Desafíos De La Educación Cultural En América Latina Y Colombia

Aunque la educación cultural y artística presenta muchos beneficios, también enfrenta diversos desafíos que dificultan su implementación efectiva en las instituciones educativas. Estos desafíos no son únicamente pedagógicos, sino que también están relacionados con condiciones económicas, institucionales, sociales y curriculares que atraviesan los sistemas educativos (Rodríguez & Castro, 2022; Gimeno Sacristán, 2020).

Uno de los principales obstáculos es la falta de recursos. Rodríguez y Castro (2022) señalan que muchas instituciones educativas no cuentan con materiales, espacios o herramientas suficientes para desarrollar propuestas culturales de manera continua. Esto genera una distancia entre el valor que se le reconoce al arte en el discurso educativo y las condiciones reales que existen para trabajarlo en el aula.

Otro problema importante es la baja intensidad horaria asignada a la educación artística y cultural. Cuando esta área cuenta con poco tiempo dentro del currículo, se reducen las posibilidades de desarrollar procesos profundos, creativos y significativos. Esta situación puede llevar a que las actividades artísticas se trabajen de manera superficial o solo en momentos específicos, como actos escolares o celebraciones (Rodríguez & Castro, 2022; Ministerio de Educación Nacional, 2020).

También existe una dificultad relacionada con la formación docente. García y Pérez (2022) afirman que la educación actual necesita docentes preparados para desarrollar competencias integrales en los estudiantes. En el caso de la educación cultural, esto implica que los docentes deben contar con herramientas pedagógicas y metodológicas para integrar el arte y la cultura de manera significativa en sus prácticas.

Desde esta misma mirada, Perrenoud (2020) plantea que el docente debe desarrollar competencias que le permitan adaptar su enseñanza a distintos contextos y necesidades. Esto es fundamental porque no todos los grupos escolares tienen las mismas características, intereses o realidades culturales. Por eso, la educación cultural requiere docentes capaces de orientar experiencias flexibles, creativas y contextualizadas.

En América Latina, estos desafíos también están relacionados con la desigualdad social. Giroux (2020) plantea que la educación no puede separarse de las condiciones sociales en las que

se desarrolla. Por eso, cuando los estudiantes viven en contextos vulnerables, pueden tener menos oportunidades de acceder a experiencias culturales, artísticas y recreativas, lo cual limita su desarrollo integral.

En el caso colombiano, el Ministerio de Educación Nacional (2020) reconoce la importancia de la educación artística y cultural dentro del proceso formativo. Sin embargo, su implementación depende de factores como la disponibilidad de recursos, la organización institucional, la formación docente y la valoración que la comunidad educativa le otorgue a esta área.

Además, Castaño Uribe y Arias Gómez (2024) señalan que los sistemas educativos todavía suelen priorizar enfoques centrados en lo cognitivo, dejando en segundo plano dimensiones como la emocional y la cultural. Esto muestra que uno de los grandes retos es cambiar la manera como se entiende la educación, para que no se limite al rendimiento académico, sino que incluya también la sensibilidad, la convivencia y la identidad.

Por lo tanto, los desafíos de la educación cultural en América Latina y Colombia no pueden comprenderse de forma aislada. Son el resultado de factores estructurales, pedagógicos e institucionales que deben ser atendidos para que el arte y la cultura ocupen un lugar real dentro de la escuela. Reconocer su importancia no es suficiente; también es necesario crear condiciones para que puedan desarrollarse de manera continua y significativa (Rodríguez & Castro, 2022; Ministerio de Educación Nacional, 2020).

Rol Del Trabajo Social En La Educación

El Trabajo Social cumple un papel importante en el ámbito educativo porque permite comprender que el proceso escolar no depende únicamente de los contenidos académicos. Los estudiantes llegan a la escuela con realidades familiares, sociales, económicas, culturales y emocionales que influyen en su aprendizaje, su comportamiento y su permanencia dentro del sistema educativo (Bronfenbrenner, 2020; Montenegro & Díaz, 2022).

Desde el enfoque ecológico, Bronfenbrenner (2020) plantea que el desarrollo humano está influenciado por los diferentes sistemas en los que interactúa la persona, como la familia, la escuela, la comunidad y la sociedad. Esta perspectiva permite entender que el estudiante no debe

ser visto de forma aislada, sino como parte de una red de relaciones que inciden directamente en su bienestar y en su proceso educativo.

En este sentido, el Trabajo Social en la educación puede ayudar a articular esos diferentes sistemas. Montenegro y Díaz (2022) explican que la intervención social educativa contribuye al fortalecimiento de la inclusión escolar, especialmente en contextos donde existen barreras sociales, económicas o familiares que afectan la participación y el aprendizaje de los estudiantes.

Además, el Trabajo Social puede aportar al desarrollo de estrategias de acompañamiento, orientación y prevención. Su función no se limita a atender problemas cuando ya aparecen, sino que también puede promover acciones para fortalecer la convivencia, la participación, la inclusión y el bienestar dentro de la escuela (Montenegro & Díaz, 2022; UNICEF, 2021).

Desde el enfoque de derechos, UNICEF (2021) recuerda que los niños, niñas y adolescentes tienen derecho al bienestar, la protección y el desarrollo integral. En este marco, el Trabajo Social educativo puede contribuir a garantizar estos derechos mediante acciones que apoyen la permanencia escolar, la inclusión, el acompañamiento familiar y la protección de estudiantes en situaciones de vulnerabilidad.

La teoría de la intervención comunitaria también permite comprender la importancia del Trabajo Social en la educación. Ander-Egg (2020) señala que el desarrollo comunitario se fortalece cuando existe participación social y trabajo articulado entre diferentes actores. En el ámbito escolar, esto significa que la escuela puede mejorar sus procesos cuando trabaja junto con las familias, la comunidad y las instituciones del entorno.

En relación con la educación cultural, el Trabajo Social puede apoyar proyectos que vinculen la escuela con la comunidad y que fortalezcan la identidad, la convivencia y la participación. La cultura y el arte pueden convertirse en medios para promover inclusión, expresión y sentido de pertenencia, mientras que el Trabajo Social puede ayudar a que estas experiencias respondan a las necesidades reales de los estudiantes (Montenegro & Díaz, 2022; Castillo, 2020).

Por eso, el Trabajo Social en la educación no debe entenderse únicamente como atención a problemáticas individuales. Su aporte es más amplio, porque permite mirar al estudiante desde su contexto, fortalecer redes de apoyo y promover procesos educativos más inclusivos y

humanos. De esta manera, complementa la educación cultural y aporta al desarrollo integral de los estudiantes (Bronfenbrenner, 2020; Ander-Egg, 2020).

Relación Entre Educación Cultural, Desarrollo Integral Y Trabajo Social

La relación entre educación cultural, desarrollo integral y Trabajo Social permite comprender la educación como un proceso verdaderamente amplio. No se trata solamente de enseñar contenidos académicos, sino de formar personas capaces de pensar, sentir, convivir, expresarse y participar en su realidad social. En este sentido, estos tres elementos se complementan y ayudan a construir una educación más humana y contextualizada (UNESCO, 2021; Montenegro & Díaz, 2022).

La educación cultural aporta herramientas importantes para el desarrollo integral porque fortalece dimensiones cognitivas, emocionales, sociales e identitarias. A través del arte y la cultura, los estudiantes pueden desarrollar creatividad, pensamiento crítico, expresión emocional, sentido de pertenencia y habilidades de convivencia (Morales Montiel et al., 2025; Meneses Luna & Valencia Arguello, 2023).

Por su parte, el Trabajo Social ayuda a que estas experiencias educativas se conecten con la realidad de los estudiantes. Montenegro y Díaz (2022) señalan que la intervención social educativa favorece la inclusión escolar y permite responder mejor a las necesidades de los estudiantes. Esto es importante porque no todos tienen las mismas oportunidades para acceder a experiencias culturales o participar plenamente en la vida escolar.

Desde el enfoque ecológico de Bronfenbrenner (2020), esta relación puede entenderse mejor, ya que el desarrollo de los estudiantes está influido por diferentes sistemas, como la familia, la escuela y la comunidad. La educación cultural puede fortalecer la relación del estudiante con su contexto, mientras que el Trabajo Social puede ayudar a articular esos espacios para favorecer procesos de desarrollo integral.

De igual modo, la educación emocional permite comprender que las dimensiones sociales y afectivas también son parte del aprendizaje. Bisquerra (2020) plantea que las competencias emocionales deben trabajarse en la escuela, mientras que Castaño Uribe y Arias Gómez (2024) resaltan la importancia de la educación emocional para fortalecer vínculos y convivencia. En este

punto, el arte puede funcionar como medio de expresión, y el Trabajo Social como apoyo para acompañar estos procesos.

Por ejemplo, un proyecto artístico escolar puede convertirse en una estrategia de desarrollo integral cuando se trabaja de manera organizada y contextualizada. Si los estudiantes crean un mural sobre su comunidad, pueden fortalecer la creatividad, el trabajo en equipo, la identidad cultural y el pensamiento crítico. Además, si se vincula a las familias o a la comunidad, el proceso puede adquirir un mayor sentido social (Ruiz & Mendoza, 2023; Ander-Egg, 2020).

En consecuencia, la educación cultural, el desarrollo integral y el Trabajo Social no deben entenderse como elementos separados. Cuando se articulan de manera coherente, permiten construir procesos educativos más inclusivos, participativos y cercanos a la realidad de los estudiantes. Así, la escuela deja de ser solo un lugar donde se reciben contenidos y se convierte en un espacio de formación humana y transformación social (UNESCO, 2021; Giroux, 2020).

Enfoques Pedagógicos Que Sustentan La Educación Cultural

La educación cultural no aparece aislada dentro del campo educativo, sino que se sustenta en diferentes enfoques pedagógicos que explican su importancia en la formación de los estudiantes. Estos enfoques permiten comprender que el aprendizaje no debe ser pasivo ni desconectado de la realidad, sino activo, significativo, contextualizado y relacionado con la experiencia del estudiante (Ausubel, 2020; Pérez Gómez, 2021)

Uno de los enfoques más importantes es el Aprendizaje Significativo Ausubel (2020) afirma que el nuevo conocimiento se aprende mejor cuando se relaciona con los conocimientos previos del estudiante. Desde este punto de vista, la educación cultural es de gran valor, ya que permite relacionar los contenidos escolares con la vida cotidiana, con la identidad cultural y con las experiencias cercanas de los estudiantes.

De manera complementaria, Pérez y Castillo (2021) señalan que las experiencias artísticas propician aprendizajes más significativos en la educación básica. Esto sucede porque el arte hace que el estudiante no sólo reciba información, sino que participe, interprete, cree y relacione lo aprendido con su propia realidad.

Otra perspectiva importante es la sociocultural del aprendizaje, que retoma Pérez Gómez (2021) y que señala que el aprendizaje está mediado por la cultura, la interacción social y las herramientas simbólicas. Desde este punto de vista, la cultura no es únicamente un contenido que se enseña, sino también un medio a través del cual los estudiantes aprenden y construyen significados.

El aprendizaje experiencial también contribuye a la educación cultural. Según Kolb (2020), el conocimiento se construye mediante la experiencia, la reflexión y la aplicación práctica. Esta forma de hacer está directamente vinculada con el arte, ya que las actividades culturales posibilitan aprender haciendo, creando, experimentando y reflexionando acerca de lo realizado.

Del mismo modo, la enseñanza cooperativa contribuye a comprender el valor de las actividades culturales colectivas. Johnson y Johnson (2020) afirman que el trabajo colaborativo fortalece habilidades de comunicación, cooperación y resolución de conflictos. Por eso los proyectos artísticos colectivos pueden ser espacios importantes para aprender con otros y fortalecer la convivencia.

Estos enfoques pedagógicos coinciden en considerar que la educación debe centrarse en el estudiante, reconociendo sus experiencias, su contexto y su cultura como elementos fundamentales del aprendizaje. En este sentido, la educación cultural permite que el proceso educativo sea más cercano, activo y significativo (UNESCO, 2021; Ruiz y Mendoza, 2023).

Por lo tanto, la educación cultural se basa en un conjunto de perspectivas que hacen posible comprender su importancia. No basta con incorporar actividades artísticas a la escuela, sino que hay que comprender que el arte y la cultura pueden transformar la forma en que los estudiantes aprenden, se expresan y se relacionan con su entorno (Ausubel, 2020; Kolb, 2020).

Educación Cultural En El Currículo Educativo

Es fundamental introducir la educación cultural en el currículo para garantizar que sus efectos se proyecten sobre los procesos de formación. Sin embargo, esta integración no siempre se logra de manera efectiva. Si bien existen lineamientos que reconocen su importancia, en muchas instituciones la educación artística y cultural aún se presenta de manera limitada,

fragmentada o con poca intensidad horaria (Ministerio de Educación Nacional, 2020; Rodríguez & Castro, 2022).

Así lo afirma el Ministerio de Educación Nacional (2020), donde la educación artística y cultural debe aportar al desarrollo integral de los estudiantes, fortaleciendo la creatividad, la expresión, la sensibilidad y la valoración de la cultura. Esto implica que su presencia en el currículo no debe ser secundaria, sino formar parte de una propuesta educativa más amplia.

Desde el punto de vista curricular, Gimeno Sacristán (2020) plantea que el currículo no es una mera lista de contenidos, sino una selección cultural que recoge decisiones, prioridades e intereses educativos. Esto permite comprender que cuando la educación cultural ocupa un lugar reducido dentro del currículo, se está mostrando también que la creatividad, la sensibilidad y la identidad cultural no están siendo suficientemente valoradas.

Rodríguez, Castro (2022) recogen que la poca carga horaria para la educación cultural le da escaso efecto en su interior en la escuela. Además, señalan que muchas veces las actividades artísticas son vistas como espacios recreativos y no como verdaderas experiencias de aprendizaje. Esto crea una brecha entre el potencial formativo del arte y su aplicación real en las aulas.

Por esta razón, varios autores plantean que la educación cultural debe abordarse de manera transversal. Ruiz y Mendoza (2023) señalan que integrar el arte y la cultura en distintas áreas del currículo potencia el aprendizaje, porque permite conectar la teoría con la práctica y el conocimiento con la experiencia de los estudiantes.

Desde el aprendizaje significativo, Ausubel (2020) permite comprender que esta integración curricular es importante porque ayuda a relacionar los contenidos académicos con los saberes previos y las experiencias culturales del estudiante. De esta manera, el aprendizaje deja de sentirse lejano y se vuelve más conectado con la vida cotidiana.

También, Jara Hernández, Correa Holguín y Martínez Guzmán (2025) plantean que la educación artística y cultural puede funcionar como eje transversal en la escuela colombiana, especialmente en procesos relacionados con el pensamiento creativo. Esto permite entender que el arte puede apoyar no solo la expresión, sino también la evaluación, la creatividad y la construcción de aprendizajes en diferentes áreas.

Así, la educación cultural en el currículo tiene el reto de pasar de la afirmación teórica a la práctica real. No basta con que esté escrita en documentos institucionales; necesita tiempo, recursos, formación docente y una intención pedagógica clara. Solo de esta manera podrá dejar de verse como un complemento y convertirse en una parte importante del proceso educativo (Ministerio de Educación Nacional, 2020; Perrenoud, 2020).

Metodologías Activas En La Educación Cultural

Las metodologías activas constituyen un elemento central en la educación cultural, ya que permiten que los estudiantes participen directamente en su proceso de aprendizaje. Al contrario que los métodos tradicionales, en los que muchas veces el estudiante se limita a escuchar y repetir informaciones, estas metodologías fomentan la exploración, la creación, el diálogo, la reflexión y la participación (Kolb, 2020; Fernández y Díaz, 2021).

En la educación cultural y artística, las metodologías activas adquieren especial importancia, ya que el arte se aprende desde la experiencia. No basta con explicar qué es la creatividad o qué significa una expresión cultural, sino que los estudiantes deben crear, experimentar, observar, compartir y reflexionar sobre lo que hacen (Kolb, 2020; Ruiz & Mendoza, 2023).

Entre las metodologías más empleadas se encuentran el aprendizaje basado en proyectos, el trabajo colaborativo, los talleres creativos, la expresión artística y las experiencias comunitarias. Estas estrategias permiten que los estudiantes vinculen el aprendizaje con situaciones reales o cercanas a su contexto, lo que favorece una formación más significativa (Fernández & Díaz, 2021; Pérez & Castillo, 2021).

Según el aprendizaje experiencial de Kolb (2020), el conocimiento se construye a partir de la experiencia, la reflexión y la aplicación práctica. Esta forma de trabajar está directamente relacionada con la educación cultural, porque los alumnos no sólo reciben información sino que la ponen en práctica en procesos creativos y después reflexionan sobre el sentido de lo realizado.

Del mismo modo, la concepción del aprendizaje cooperativo de Johnson y Johnson (2020) permite apreciar la importancia del trabajo grupal en las actividades culturales. Los estudiantes que participan en una obra teatral, una presentación musical, una danza grupal o un

mural, tienen que comunicarse, cooperar, resolver conflictos y asumir responsabilidades comunes.

El uso de metodologías activas transforma también el papel del docente. Perrenoud (2020) dice que el docente debe tener competencias para poder adaptar su enseñanza a los diferentes contextos y necesidades. En la educación cultural, esto significa que el profesor no es sólo quien transmite información, sino quien acompaña, orienta y facilita experiencias creativas.

Las metodologías activas, por lo tanto, no sólo facilitan el aprendizaje académico, sino que promueven la creatividad, la autonomía, el pensamiento crítico y la interacción social. Cuando el aprendizaje es activo, participativo y contextualizado, la educación cultural deja de ser complementaria y se convierte en una experiencia verdaderamente formativa (Fernández & Díaz, 2021; Kolb, 2020).

Educación Cultural Y Diversidad

La diversidad cultural constituye una característica básica de las sociedades actuales. En ese sentido, la educación cultural se vuelve una herramienta importante para reconocer, valorar y comprender distintas formas de vida, tradiciones, lenguajes, creencias y expresiones. Mediante ella los estudiantes pueden aprender a ver la diferencia no como un problema sino como una oportunidad para enriquecer el aprendizaje y la convivencia (UNESCO, 2021; Castillo, 2020).

Según la UNESCO (2021), la diversidad cultural debe ser considerada como un elemento central en el proceso educativo. Esto implica que la escuela tiene que propiciar espacios de diálogo, de respeto y reconocimiento entre diferentes culturas. De este modo, la sala de clases puede llegar a ser un espacio en el cual las diferencias adquieran valor pedagógico y no sean motivo de exclusión.

Castillo (2020) señala que la educación cultural ayuda a que la formación sea más inclusiva, ya que permite a los estudiantes cuestionar prejuicios, valorar sus tradiciones y reconocer otras formas de entender el mundo. Esto no es algo que ocurra por sí solo, sino que necesita procesos educativos intencionados donde se trabaje la cultura de manera crítica y participativa.

Desde la óptica sociocultural retomada por Pérez Gómez (2021), el aprendizaje se construye a partir de la interacción con los otros y de las herramientas culturales que median la experiencia educativa. Esto permite entender que la diversidad cultural en el aula no debe percibirse como una dificultad, sino como una posibilidad de ampliar perspectivas y construir significados compartidos.

También López y Ramírez (2023) señalan que el contexto social tiene influencia en la forma de aprender de los estudiantes. Por esa razón, incluir la diversidad cultural en el aula permite una educación más cercana a la realidad de los estudiantes y favorece que éstos adquieran una comprensión más crítica de su entorno.

Por otro lado, la diversidad no es solo cultural, sino que también comprende diferencias sociales, económicas y educativas. Con esta perspectiva, Perrenoud (2020) señala que el docente debe ajustar sus estrategias a las necesidades de los estudiantes, entendiendo que no todos parten de las mismas condiciones ni aprenden de la misma forma.

De forma similar, Giroux (2020) afirma que la educación debe ayudar a poner en duda las desigualdades sociales y fomentar procesos de transformación. En este sentido, la educación cultural no sólo reconoce la diversidad sino que también puede ayudar a reflexionar sobre las condiciones que generan exclusión, discriminación o falta de oportunidades.

Por eso, la educación cultural está estrechamente ligada a la diversidad. No se trata solo de saber que existen diferencias, sino de aprender a convivir con ellas, apreciarlas y hacer de ellas una oportunidad de aprendizaje. Cuando la educación incorpora la diversidad de manera consciente, el aula se transforma en un espacio más real, más inclusivo y más humano (UNESCO, 2021; Giroux, 2020).

Marco Conceptual

El marco conceptual permite precisar los conceptos principales que guían esta investigación, los cuales están relacionados con la educación cultural, el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica y el rol del trabajo social en los procesos educativos. Estos conceptos permiten entender el problema de estudio desde una perspectiva amplia, donde la educación no se reduce a la transmisión de conocimientos, sino que también incluye dimensiones cognitivas, socioemocionales, sociales y culturales (Vera Holguín et al., 2021).

Educación Cultural y Artística

Se entiende por educación cultural y artística, un proceso formativo que incorpora experiencias de arte, cultura, creatividad, expresión y sensibilidad. No sólo debe considerarse como actividad recreativa o complementaria, sino como una herramienta pedagógica que ayuda al desarrollo integral de los estudiantes. Desde este enfoque, las actividades artísticas favorecen el fortalecimiento de la creatividad, participación, expresión emocional y construcción de aprendizajes significativos (Alvarez Ledesma & De La Torre Alarcón, 2020).

De igual manera, la educación cultural y artística favorece la relación del estudiante con su contexto, pues permite el reconocimiento de las expresiones culturales, tradiciones, saberes y formas de vida que existen en la comunidad. Por eso es importante su inclusión en la escuela, ya que fortalece la identidad, la convivencia y el respeto por la diversidad cultural (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Desarrollo Integral

El desarrollo integral se refiere al desarrollo completo del estudiante, considerando sus dimensiones cognitiva, emocional, social, cultural y ética. Esta perspectiva permite entender que el aprendizaje no se reduce al rendimiento académico, sino que incluye la capacidad de vivir en sociedad, expresar emociones, construir una identidad, participar en la comunidad y desarrollar un pensamiento crítico (Vera Holguín y cols., 2021).

En este sentido, la educación debe responder a las necesidades reales de los estudiantes y promover procesos que favorezcan su crecimiento personal y social. La formación integral exige

reconocer que cada estudiante es un sujeto con experiencias, emociones, relaciones y contextos particulares que influyen en su proceso educativo (Franco Marín, 2023).

Educación Básica

La educación básica es una etapa fundamental en la formación de niños, niñas y adolescentes, pues en ella se consolidan habilidades esenciales para la vida académica, personal y social. En este nivel educativo se desarrollan capacidades como la comunicación, la creatividad, la convivencia, la participación, la identidad y el pensamiento crítico (Vera Holguín et al., 2021).

Por esta razón la educación básica no debe centrarse sólo en contenidos académicos, sino también en experiencias que permitan a los estudiantes aprender desde su realidad, reconocer su contexto y desarrollar habilidades para relacionarse con los demás. Las experiencias artísticas y culturales pueden contribuir a este fin, generando aprendizajes más activos, colaborativos y significativos (Pérez-Cortés et al., 2023).

Dimensión Cognitiva

La dimensión cognitiva tiene que ver con los procesos que tienen que ver con el pensamiento, la atención, la memoria, la creatividad, el razonamiento, la interpretación y la resolución de problemas. Dentro de la educación cultural, esta dimensión se potencia por medio de actividades artísticas que posibilitan observar, crear, analizar, imaginar y construir nuevos significados (Moura de Carvalho et al., 2021).

El pensamiento creativo es una parte importante de esta dimensión, puesto que permite a los estudiantes proponer ideas, enfrentarse a situaciones nuevas y encontrar soluciones a partir de experiencias significativas. Por lo tanto, la creatividad debe ser fomentada en la educación como una capacidad imprescindible para aprender y para formar individuos críticos y participativos (Moura de Carvalho et al., 2021).

Dimensión Socioemocional

La dimensión socio emocional incluye las habilidades para expresar emociones, autoestima, empatía, autorregulación, comunicación, cooperación y trabajo en equipo. Estas

habilidades son básicas para la convivencia escolar y para el bienestar de los estudiantes (González Moreno & Molero Jurado, 2023).

Esta dimensión es favorecida por la educación cultural y artística, ya que brinda espacios simbólicos y creativos donde los estudiantes pueden expresar sus sentimientos, compartir con otros y fortalecer sus relaciones interpersonales. Del mismo modo, el desarrollo de habilidades sociales en adolescentes favorece a la mejora de la comunicación, resolución de problemas y participación en los diferentes contextos educativos y sociales (González Moreno & Molero Jurado, 2023).

Identidad Cultural

La identidad cultural es el reconocimiento de las raíces, las tradiciones, los valores, las prácticas, los conocimientos y las formas de vida que hacen que una persona se sienta perteneciente a una comunidad. En el contexto escolar, este concepto es de suma importancia, puesto que la escuela no solo imparte conocimientos, sino que también ayuda a construir un sentido de pertenencia (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

La educación cultural fortalece la identidad, al permitir que los estudiantes reconozcan su historia, valoren la diversidad y comprendan su relación con el territorio y la comunidad. En este sentido, la interculturalidad en la educación básica permite promover el respeto por las diferencias, la convivencia y la valoración de las distintas expresiones culturales presentes en los contextos latinoamericanos (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Diversidad Cultural

La diversidad cultural es la presencia de diferentes formas de vida, tradiciones, lenguajes, creencias, costumbres y expresiones en una sociedad. En la escuela, reconocer la diversidad cultural significa entender que los estudiantes traen historias, contextos y maneras distintas de aprender y relacionarse (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Desde este punto de vista, la educación debe propiciar espacios inclusivos donde las diferencias no sean causa de exclusión, sino una oportunidad para enriquecer el aprendizaje y la convivencia. Las políticas educativas inclusivas resaltan la importancia de garantizar la

participación de todos los estudiantes y eliminar las barreras que limitan su desarrollo dentro del sistema educativo (Vera Holguín et al., 2021).

Metodologías Activas

Las metodologías activas son estrategias pedagógicas que fomentan que los estudiantes participen directamente en su proceso de aprendizaje, estas metodologías, frente a las metodologías tradicionales, promueven la exploración, la creatividad, el trabajo colaborativo, el diálogo, la reflexión y la solución de problemas (Lema-Cachinell et al., 2023).

En la educación cultural, las metodologías activas posibilitan que los estudiantes aprendan mediante experiencias artísticas, proyectos grupales, actividades creativas y prácticas relacionadas con su contexto. Por ejemplo, el aprendizaje cooperativo propicia la interacción entre los estudiantes, la participación y la construcción conjunta del conocimiento (Lema-Cachinell et al., 2023).

Trabajo Social Educativo

El Trabajo Social educativo es entendido como una intervención profesional que se orienta a la asistencia y acompañamiento de los estudiantes, las familias, los docentes y la comunidad escolar. Su objetivo es contribuir al bienestar, la inclusión, la participación y la permanencia de los estudiantes en el sistema educativo, en especial cuando existen situaciones familiares, sociales, económicas o culturales que afectan su proceso formativo (Franco Marín, 2023).

Dentro de esta investigación el Trabajo Social adquiere relevancia, ya que puede actuar como mediador entre la escuela, la familia y la comunidad, fortaleciendo redes de apoyo y promoviendo procesos educativos más contextualizados. La relación familia-escuela es fundamental para construir vínculos educativos que respondan a las necesidades reales de los estudiantes y favorezcan su desarrollo integral (Franco Marín, 2023).

Transformación Social

Entendemos la transformación social como el proceso a través del cual la educación contribuye a formar sujetos críticos, participativos y comprometidos con el entorno que les rodea. En el marco de la presente investigación, el concepto de educación cultural se relaciona

con la capacidad de la educación cultural y del Trabajo Social para promover inclusión, reconocimiento de la diversidad, participación comunitaria y fortalecimiento del tejido social (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Desde esta perspectiva, la educación cultural no solo enriquece el desarrollo personal de los estudiantes, sino que también puede ser una pieza clave en la formación de comunidades más justas, solidarias e inclusivas. Por tanto, articular educación, cultura, familia, escuela y comunidad posibilita la consolidación de procesos formativos con mayor sentido social y humano (Franco Marín, 2023; Vera Holguín et al., 2021).

En resumen, los conceptos desarrollados permiten comprender la relación entre educación cultural, desarrollo integral y Trabajo Social. La educación cultural emerge como una herramienta pedagógica y social que potencia la creatividad, la identidad, la convivencia y la participación de los estudiantes; por otra parte, el Trabajo Social ofrece una perspectiva contextual y comunitaria que facilita el fortalecimiento de los lazos entre la escuela, la familia y la sociedad, contribuyendo así a una formación más inclusiva y transformadora (Franco Marín, 2023; Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Marco Legal

La investigación se encuentra sustentada legalmente en diferentes normas colombianas que apoyan a la educación, a la cultura, al desarrollo integral de los niños, niñas y adolescentes y la intervención del Trabajo Social en el ámbito educativo. Estas normas permiten entender que la educación cultural y artística no es un elemento aislado dentro de la escuela, sino una dimensión vinculada a derechos, formación integral, identidad cultural, participación y bienestar estudiantil.

En primer lugar, la Constitución Política de Colombia de 1991 reconoce la diversidad étnica y cultural de la Nación, lo cual resulta importante para esta investigación porque la educación cultural parte del reconocimiento de las diferentes expresiones, tradiciones y formas de vida presentes en el país. Además, el artículo 67 establece que la educación es un derecho de la persona y un servicio público con función social, orientado al acceso al conocimiento, la ciencia, la técnica y los demás bienes y valores de la cultura (Constitución Política de Colombia, 1991). Por esta razón, la educación artística y cultural encuentra un respaldo constitucional, ya que contribuye al acceso de los estudiantes a experiencias formativas relacionadas con la cultura, la creatividad y la formación integral.

De esta manera, la Constitución permite comprender que la educación no debe limitarse únicamente a la enseñanza de contenidos académicos, sino que también debe favorecer el desarrollo humano, social y cultural de los estudiantes. En el caso de esta investigación, este fundamento es clave porque permite relacionar la educación cultural con la formación integral de la población escolar, promoviendo el arte como una herramienta pedagógica que aporta a la expresión, la identidad, la convivencia y el reconocimiento de la diversidad cultural (Constitución Política de Colombia, 1991; UNESCO, 2021).

En segundo lugar, se encuentra la Ley 115 de 1994, conocida como Ley General de Educación. Esta norma define la educación como un proceso de formación permanente, personal, cultural y social, fundamentado en una concepción integral de la persona humana, su dignidad, sus derechos y sus deberes (Ley 115 de 1994). Esta definición es muy importante porque reconoce que la educación no es solamente académica, sino también cultural y social, lo cual se relaciona directamente con el desarrollo integral de los estudiantes.

Asimismo, la Ley 115 de 1994 establece los fines de la educación y reconoce la importancia del pleno desarrollo de la personalidad, la formación en valores, la participación y el acceso a la cultura. De igual forma, en su artículo 23 incluye la educación artística como un área obligatoria y fundamental dentro de la educación básica (Ley 115 de 1994). Esto significa que la educación cultural y artística no debe entenderse como una actividad opcional o secundaria, sino como parte del proceso educativo que contribuye al desarrollo personal, social y cultural de los estudiantes.

Por otra parte, la Ley 397 de 1997, o Ley General de Cultura, también aporta un fundamento importante para esta investigación. Esta ley reconoce que la cultura, en sus diversas manifestaciones, es fundamento de la nacionalidad y parte esencial de la identidad colombiana (Ley 397 de 1997). Asimismo, dispone que el Estado debe promover y estimular procesos, proyectos y actividades culturales, en un marco de reconocimiento y respeto de la diversidad cultural del país.

Esta norma tiene que ver con la educación cultural, porque permite comprender que la cultura no está sólo en espacios artísticos fuera de la escuela, sino que debe estar también en los procesos de formación. En ese sentido, la escuela puede ser un lugar donde los estudiantes conozcan sus tradiciones, valoren su identidad, participen en actividades culturales y desarrollen sensibilidad frente a las diversas manifestaciones culturales de su comunidad y del país (Ley 397 de 1997; Castillo, 2020).

La Ley 1185 de 2008, que modifica parcialmente la Ley General de Cultura, fortalece, de manera complementaria, el reconocimiento del patrimonio cultural y la responsabilidad del Estado frente a su protección y promoción (Ley 1185 de 2008). Esta norma refuerza la importancia de valorar las expresiones culturales como parte de la identidad colectiva, lo cual se relaciona con la educación artística y cultural en la medida en que permite trabajar en la escuela temas como identidad, memoria, patrimonio, territorio y sentido de pertenencia.

También es importante mencionar la Ley 1098 de 2006, o Código de la Infancia y la Adolescencia, ya que esta norma reconoce a los niños, niñas y adolescentes como sujetos titulares de derechos y establece la obligación del Estado, la familia y la sociedad de garantizar su protección integral (Ley 1098 de 2006). Esta ley es relevante para la investigación porque el

desarrollo integral de los estudiantes no solo depende de la escuela, sino también de las condiciones de bienestar, protección, participación y acompañamiento que se les brinden en los diferentes contextos donde se desenvuelven.

La educación cultural y artística puede, desde esta perspectiva, entenderse como una estrategia que contribuye al desarrollo integral de niños, niñas y adolescentes, ya que favorece la expresión, la creatividad, la convivencia, la identidad y la participación. Asimismo, al asociarse con el enfoque de derechos, esta ley facilita entender que los procesos educativos deben garantizar oportunidades para que los estudiantes se formen de forma plena, en entornos protectores, inclusivos y respetuosos de sus diferencias (Ley 1098 de 2006; UNICEF, 2021).

En el ámbito educativo, el Ministerio de Educación Nacional (2020) ofrece orientaciones y lineamientos para la educación artística y cultural en Colombia. Estas directrices reconocen que el arte y la cultura contribuyen al desarrollo integral de los estudiantes, fomentando la creatividad, la sensibilidad, la expresión y la apreciación del entorno cultural. Por esta razón, la educación artística y cultural debe tener una intención pedagógica clara y no ser únicamente actividades ocasionales, decorativas o recreativas. (Ministerio de Educación Nacional, 2020).

De igual manera, estas directrices permiten sustentar que la educación cultural debe articularse con el currículo y con las necesidades de los niños, niñas y adolescentes. Esto implica que las instituciones educativas deben propiciar experiencias culturales que no sólo desarrollen habilidades artísticas, sino que también fortalezcan la identidad, la convivencia, la participación y el reconocimiento de la diversidad en el aula (Ministerio de Educación Nacional, 2020; UNESCO, 2021).

Por último, en cuanto a Trabajo Social, se reincorporan la Ley 53 de 1977 y el Decreto 2833 de 1981 que regulan el ejercicio de esta profesión en Colombia. Las mismas disposiciones reconocen al Trabajo Social como profesión dentro del área de las ciencias sociales, relacionada con las políticas de bienestar y desarrollo social (Decreto 2833 de 1981; Ley 53 de 1977). En este sentido, su relación con el ámbito educativo se justifica, ya que el trabajador social puede aportar al acompañamiento de estudiantes y familias, a la inclusión escolar, a la convivencia y al fortalecimiento de redes entre escuela, familia y comunidad.

Por lo tanto, el marco legal permite afirmar que la educación cultural, el desarrollo integral y el Trabajo Social cuentan con respaldo normativo e institucional en Colombia. La Constitución reconoce la educación y la cultura como elementos fundamentales para la sociedad; la Ley 115 de 1994 ubica la educación artística como área obligatoria y fundamental; la Ley 397 de 1997 y la Ley 1185 de 2008 fortalecen el reconocimiento de la cultura y el patrimonio; la Ley 1098 de 2006 protege los derechos y el desarrollo integral de niños, niñas y adolescentes; y las normas sobre Trabajo Social respaldan la intervención profesional en procesos de bienestar y desarrollo social (Constitución Política de Colombia, 1991; Ley 115 de 1994; Ley 397 de 1997; Ley 1098 de 2006; Ley 53 de 1977).

Metodología

Paradigma

La investigación se caracteriza con un paradigma interpretativo, que permite entender a los diversos fenómenos sociales construyendo significados que van entorno a ellos. Este paradigma es pertinente en este tipo de temas, ya que el interés no es sino medir las variables que existen en el estudio, es también analizar como la educación cultural influye en el desarrollo socioemocional, en el contexto específicos educativos de los estudiantes.

Según el autor Roberto Hernández Sampieri (2018), sostiene que el enfoque cualitativo tipo documental se encarga de profundizar sobre las diversas y complejas realidades sociales considerando que un análisis de discurso, experiencias y contextos reales se ajusta la naturaleza de la interpretación de la presente investigación. Esta perspectiva permite comprender lo que dicen los autores que sustentan sus planteamientos.

Así mismo el paradigma interpretativo permite abordar el desarrollo integral una mirada más amplia que no se adapta al rendimiento escolar, sino que comprende las dimensiones cognitivas, socioemocionales, sociales y culturales. De esta misma manera se analiza como la educación cultural incide en la formación de los estudiantes y que limitaciones dificultan du proceso académico. Por lo tanto, el análisis de las diferentes fuentes se orienta para la reconstrucción de la relación de los conceptos, identificar las diferencias entre los autores y de como resultado una lectura analítica de la población.

Desde la perspectiva del trabajo social, este paradigma permite comprender como la educación incide tanto como en las condiciones sociales, culturales e institucionales.

En resumen, el paradigma interpretativo orienta a esta investigación hacia una comprensión crítica de los sentidos, alcances y desafíos que aborda la educación cultural en la educación básica. Su relevancia en generar la posibilidad de una lectura profunda de los documentos revisados, donde teoría, contexto y análisis se relacionan para construir una interpretación sólida sobre el desarrollo integral de los estudiantes y el papel del Trabajo Social en la transformación de los procesos educativos.

Enfoque

La investigación que aquí se presenta se aborda desde una perspectiva cualitativa, ya que su objetivo es comprender los procesos de formación de los estudiantes desde una visión integral. Es decir, no se trata sólo de aprendizaje académico, sino que también tienen en cuenta aspectos sociales, culturales y emocionales que afectan al desarrollo de los niños. De esta manera, se pretende analizar la realidad en su contexto natural y, a su vez, comprender la construcción de significados por parte de los sujetos desde sus propias experiencias (Hernández Sampieri et al., 2018).

En este sentido, el estudio articula de manera coherente el desarrollo integral, la educación básica y la educación cultural; por tanto, reconoce que dichos elementos no se presentan de manera aislada, sino que forman parte de un mismo proceso formativo. Desde el Trabajo Social, esta perspectiva resulta de especial relevancia, puesto que permite comprender al estudiante como sujeto que se encuentra inmerso en múltiples dimensiones, y por tanto requiere una mirada más amplia, crítica y comprensiva del fenómeno educativo.

Alcance

El estudio tiene un enfoque descriptivo–interpretativo, ya que por una parte busca describir los ejes que operan en el desarrollo integral, y por otra, pretende comprender el significado que estos adquieren en contextos específicos. O sea, no basta con describir los fenómenos, sino que también hay que interpretarlos a la luz de distintas perspectivas teóricas.

También se introduce un análisis documental exhaustivo, evitando así que el trabajo quede reducido a una mera explicación superficial y posibilitando una comprensión más profunda de los procesos relacionados con la educación cultural, el desarrollo integral y la formación educativa. Este tipo de alcance, según Hernández Sampieri et al. (2018), permite analizar los fenómenos desde su contexto, lo cual enriquece la interpretación de la realidad estudiada.

Diseño De Investigación

El diseño de la investigación es no experimental, de tipo documental, es decir, no se manipulan variables ni se interviene directamente en la realidad, sino que se trabaja a partir del

análisis de información existente. En este caso se recurre a documentos académicos como artículos científicos, libros y otras fuentes relevantes que permitan sustentar teóricamente el estudio (Hernández Sampieri et al., 2018).

Este diseño permite, por tanto, la construcción de una visión amplia y fundamentada del tema, integrando diferentes posturas teóricas, facilitando el análisis comparativo entre autores y, por lo tanto, contribuyendo a enriquecer la comprensión del fenómeno abordado.

Población y Muestra

La población está integrada por documentos académicos relacionados con los ejes de estudio; fueron 62 encontrados en las diferentes bases de datos consultados y mediante la aplicación de criterios de inclusión y exclusión se seleccionaron 56 documentos es decir, textos que tratan el desarrollo integral, la educación básica, la educación cultural y el trabajo social. Por su parte, la muestra se selecciona de manera intencional; en otras palabras, se priorizan aquellos documentos que aportan de forma significativa al cumplimiento de los objetivos de la investigación.

Es importante destacar que esta selección no es aleatoria, sino que se basa en criterios de pertinencia, actualidad y relevancia teórica; de este modo, se asegura la calidad de la información analizada.

Muestreo

El tipo de muestreo empleado es no probabilístico, específicamente intencional o por criterio, es decir, la selección de las fuentes se hace en función de su contribución al estudio. En este sentido se consideran aspectos como la relación directa con las categorías de análisis, la credibilidad de los autores, la vigencia de las publicaciones y el reconocimiento de éstas en el ámbito académico.

De igual manera, este tipo de muestreo permite enfocar la investigación en información relevante y significativa, optimizando el proceso de análisis y fortaleciendo la construcción teórica del estudio.

Recolección de Datos

La recolección de la información se lleva a cabo mediante el análisis documental; es decir, una técnica que permite revisar, interpretar y organizar información proveniente de diversas fuentes académicas como lo es SciELO, Google académico, Dialnet, Scopus, Redalyc etc. Esta estrategia resulta pertinente, ya que el estudio se centra en la comprensión de aportes teóricos relacionados con el desarrollo integral, la educación básica, la educación cultural y el Trabajo Social.

En vez de utilizar instrumentos como la encuesta o la entrevista, la investigación se centra en el análisis de textos, construyendo así una visión amplia del tema a partir del diálogo entre diferentes autores y enfoques teóricos. El análisis documental en estudios cualitativos, según Hernández Sampieri et al. (2018), permite recopilar información existente y contribuye a una comprensión más profunda de los fenómenos.

Las fichas bibliográficas constituyen el instrumento principal empleado, posibilitando registrar de forma ordenada las ideas fundamentales, conceptos clave y aportes significativos de cada fuente consultada. Además, facilitan la sistematización de la información y contribuyen a establecer relaciones entre los diferentes textos analizados.

Por otra parte, es fundamental asegurar que la información recopilada cumpla con los requisitos de confiabilidad y validez, lo cual implica elegir fuentes pertinentes, actualizadas y que sean consistentes con los objetivos de la investigación.

El análisis documental se desarrolla en varias etapas: en primer lugar, se realiza la búsqueda y localización de fuentes en bases de datos académicas; en segundo lugar, se seleccionan los documentos que cumplen con los criterios establecidos; en tercer lugar, se extrae y organiza la información más relevante; y en cuarto lugar, se integran los aportes de los distintos autores. De este modo se obtiene una comprensión más completa del fenómeno estudiado, a partir de la articulación de diversas perspectivas teóricas.

Técnica

Esta investigación consta de una revisión documental, interpretada como un proceso sistémico de búsqueda, análisis, selección de información que contiene las fuentes académicas y científicas e incide en el desarrollo integral de los estudiantes.

Según Roberto Hernández Sampieri (2018), la revisión documental permite contextualizar previamente los conocimientos construidos, flexibilizando la comprensión a partir de diferentes perspectivas teóricas y empíricas de un fenómeno. En este sentido se recurrió a fuentes académicas, artículos científicos e informes institucionales publicados desde el año 2020, con el propósito de garantizar que el análisis de la revisión es una información significativa y relevante.

Instrumentos

El instrumento utilizado para la recolección de la información fue la ficha bibliográfica, la cual permite tener de manera sistémica una organización de los datos de cada fuente consultada. Lo que incluye este instrumento es: título del documento, autor, año, tipo de investigación, objetivos, base de datos, población, metodología y categoría de análisis.

Partiendo de Roberto Hernández Sampieri (2018), el utilizar instrumentos estructurados en la revisión documental facilita la comprensión y la organización de información garantizando mayor rigor al proceso y asegurando que los hallazgos tengan coherencia con el proceso investigativo.

Durante el proceso de elaboración de esta monografía se utilizó ChatGPT únicamente como herramienta de apoyo para la revisión de redacción, estilo, coherencia y organización del resumen y el abstract. Esta herramienta no fue empleada como fuente oficial de información académica ni sustituyó la consulta de fuentes bibliográficas.

Análisis Documental

El análisis de la información de este estudio se realizó mediante un proceso revisión y análisis documental, el cual consiste en varias fases complementarias. En primer lugar, se realizó una lectura crítica de los documentos seleccionados logrando identificar la relevancia de los aportes y argumentos de los autores. Posteriormente la interpretación y comparación de los

documentos permite comprender la importancia de cada propósito o propuesta para posicionarla en el marco teórico. Esta técnica lo que permite es identificar relaciones, similitudes y diferencias de perspectiva en los autores, al igual que establecer categorías y subcategorías de análisis. De acuerdo con lo que dice Julio Corbin y Anselm Strauss (2002), el análisis cualitativo implica un proceso de sistematización e interpretación que permite organizar la información en categorías significativas, facilitando la comprensión del fenómeno estudiado.

Asimismo favorece utilizar la técnica de triangulación teórica, que esta consiste en una estrategia metodológica con la que se logra contrastar las diferentes perspectivas y construir un análisis crítico del fenómeno social.

Matriz

Figura 1. *Matriz de revisión bibliográfica*

MATRIZ DE REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA														
Fondo de la Universidad del Valle de los Andes de Colombia en la Universidad de los Andes														
Instituto de Estudios y Políticas Públicas - Dirección de Familia														
Centro Especialización en Familia, Infancia y adolescencia														
Área de Investigación de la familia														
No.	Título del producto	Tipo de producto	Autor	A.	Mes	Palabra	Link	Fecha de del.	Objetivo	Paradigma o de investigación	Instrumento	Publicación, Partición y año	Conclusiones	Categoría

Nota. *Elaboración propia.*

La matriz de revisión bibliográfica se utilizó como instrumento para sistematizar la información recopilada en la revisión documental, permitiendo registrar y comparar los elementos principales de cada fuente, así como su relación con las categorías de análisis del estudio.

La matriz de revisión bibliográfica se utilizó como instrumento para sistematizar la información recopilada en la revisión documental. La matriz completa se presenta en el **Anexo A**.

Confiabilidad y Validez

Esta investigación cuenta con una selección de diversas fuentes académicas verificables, artículos científicos y documentos institucionales, que se consultaron en bases de datos como Scielo, Redalyc y otros repositorios universitarios. Estas fuentes cumplen con unos criterios de respaldo institucional, lo que asegura la verificación de la información. Posteriormente, la validez de esta investigación se sustenta en el análisis crítico que se ha hecho de la información recopilada y seleccionada, permitiendo tener relación con los diversos enfoques teóricos sobre la educación cultural y la relación con el desarrollo integral. En este sentido, la triangulación teórica entre las fuentes y la interpretación que se hace de cada documento es para garantizar que los resultados respondan a una perspectiva más amplia y fundamentada al fenómeno estudiado (Hernández Sampieri, 2018).

Procedimiento

El procedimiento metodológico se desarrolló como un proceso secuencial, flexible y coherente utilizando la lógica cualitativa y con el análisis documental. La literatura metodológica, se basa en la investigación inductiva e interpretativa (Hernández Sampieri y Mendoza, 2018), teniendo en cuenta que el análisis documental se hizo una búsqueda de selección, recolección, organización interpretación de documento y la presentación de la toda la información recolectada (Martínez Corona et, 2023). En esta investigación el enfoque articulado se utilizó precisamente para poder construir un proceso de revisión rigurosa, codificación y categorización de las fuentes encontradas lo que de manera segura hay una validez y coherencia dentro de la metodología (Marcelino Aranda et al, 2024).

Tabla 1. *Categorías de análisis*

Categoría principal	Subcategoría	Relación de objetivos específicos
----------------------------	---------------------	--

Educación cultural y desarrollo integral

Educación cultural en el currículo, respeto por la diversidad, dimensiones del desarrollo, Identidad cultural

Objetivo 1: Permite analizar como la educación cultural influye en el desarrollo integral de las subcategorías mencionadas, ya que estas ayudan a comprender la integración curricular, lo que aporte el reconocimiento a la diversidad y a las distintas dimensiones y participación en la construcción de identidad cultural

Integración en la educación cultural en el contexto educativo

Diversidad cultural en el aula, limitaciones y desafíos de la educación cultural, estrategias pedagógicas, formación docente

Objetivo 2: Permite identificar aportes de la educación comprendiendo las condiciones institucionales y pedagógicas que favorecen o restringen la integración de la educación cultural

Trabajo social y educación cultural

Intervención social, mediación cultural,

Objetivo 3: describir las acciones de intervención social, mediación cultural,

participación comunitaria,
transformación social

participación comunitaria y
transformación social

Análisis de Resultados.

El análisis de resultados se construye a partir de las categorías y subcategorías identificadas en la investigación, teniendo en cuenta los documentos revisados en la matriz bibliográfica y su relación con la educación cultural, el contexto educativo y el Trabajo Social. Más que presentar información de manera aislada, este apartado busca comprender cómo los aportes de los autores permiten interpretar la realidad de los estudiantes, sus formas de aprender, relacionarse, construir identidad y participar dentro de los espacios educativos (Concha-Huarcaya et al., 2024a; Jaramillo-Rodríguez & Cevallos-Chamba, 2024).

Para empezar, el análisis se organiza en dos categorías principales que son: integración de la educación cultural en el contexto educativo y Trabajo Social y educación cultural; la primera permite comprender cómo la educación cultural se relaciona con la diversidad en el aula, las estrategias pedagógicas, la formación de los profesores y los desafíos actuales de la escuela; y la segunda permite analizar el papel del Trabajo Social en la intervención social, la mediación cultural, la participación comunitaria y la transformación social (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Concha-Huarcaya et al., 2024b).

Desde esta mirada se puede decir que la educación cultural no se debe entender únicamente como una actividad artística, recreativa o complementaria, sino como una herramienta que puede fortalecer el desarrollo integral de los estudiantes, lo que implica reconocer sus historias, sus entornos familiares, sus relaciones sociales, sus formas de comunicación y las dinámicas culturales que influyen en su identidad y en su manera de relacionarse con los demás (Alvarez Ledesma & De La Torre Alarcón, 2020; Meneses Luna & Valencia Arguello, 2023).

Los aportes de Concha-Huarcaya et al. (2024a) permiten comprender que la educación artística y cultural puede contribuir a la inclusión cuando se reconoce la diversidad presente en el aula. Este aporte es importante porque muestra que la cultura no debe ser vista como un elemento externo al proceso educativo, sino como parte de la vida cotidiana de los estudiantes. Por su parte, Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) resaltan que la Educación Cultural y Artística puede fortalecer el pensamiento creativo cuando se desarrolla mediante estrategias

pedagógicas pertinentes, lo que permite entender que la educación cultural también aporta al desarrollo cognitivo, expresivo y social.

De esta manera, el análisis no se limita a describir lo que dicen los autores, sino que busca relacionar sus planteamientos con la realidad educativa y con la formación en Trabajo Social. Esto permite comprender que la educación cultural tiene un valor pedagógico, social y humano, porque favorece el reconocimiento de las diferencias, la participación, la convivencia y la construcción de espacios escolares más incluyentes (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Rodríguez-Herrera, 2025).

Integración de la Educación Cultural en el Contexto Educativo

Esta categoría permite analizar la importancia de integrar la educación cultural dentro de los procesos escolares, no como un tema secundario, sino como una parte necesaria de la formación integral de los estudiantes. La educación cultural permite reconocer que cada estudiante llega al aula con una historia, una identidad, unas experiencias familiares, unas formas de relacionarse y una manera propia de comprender el mundo (Castillo, 2020; Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022).

Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) aportan a esta comprensión al señalar que la interculturalidad en la educación básica implica reconocer la diversidad cultural como parte fundamental de la vida escolar; el planteamiento que realizaron logra interpretarse como que la escuela no debe limitarse a reunir estudiantes con diferentes características, sino que más bien debe crear condiciones para que esas diferencias sean valoradas, respetadas y asumidas como una riqueza dentro del proceso educativo, para lo cual, esto permita interpretar la educación cultural como una vía para fortalecer la igualdad, la inclusión y la convivencia.

Ahora, por otra parte, Concha-Huarcaya et al. (2024b) nos permiten ampliar esta visión al relacionar la educación artística con el desarrollo cognitivo y emocional de los estudiantes, logrando que su aporte sea relevante porque muestra que la educación cultural no solo favorece la expresión artística, sino que también incide en la manera como los estudiantes piensan, sienten, se comunican y construyen relaciones con los demás; por lo que podemos entender, bajo esta misma línea, que integrar la educación cultural en el aula significa reconocer al estudiante

como un sujeto integral, atravesado por dimensiones emocionales, sociales, familiares, cognitivas y culturales.

Integrar la educación cultural en el contexto educativo también significa abrir espacios donde los estudiantes puedan reconocerse a sí mismos, valorar sus experiencias, fortalecer sus habilidades sociales y aprender a convivir con otros desde el respeto; con esto, esta categoría permite comprender que la escuela actual no está alejada ni aislada de las dinámicas sociales, familiares y comunitarias, pues los estudiantes se forman tanto dentro del aula como en sus relaciones con la familia y la comunidad (Gubbins & Otero, 2022; Franco Marín, 2023).

En este punto, Gubbins y Otero (2022) aportan una mirada importante al señalar la relación entre familia, escuela y diversidad social y cultural. Sus planteamientos permiten entender que el proceso educativo no ocurre únicamente dentro del aula, sino que está influido por los vínculos familiares, las condiciones sociales y los contextos culturales de los estudiantes. Por ello, la educación cultural debe dialogar con esas realidades, para que el aprendizaje sea más cercano, significativo y respetuoso de la vida de cada estudiante.

Desde esta perspectiva, la integración de la educación cultural no puede reducirse a realizar actividades artísticas ocasionales. Por el contrario, debe convertirse en una práctica educativa permanente que permita fortalecer la identidad, la participación y el reconocimiento de los estudiantes como sujetos con historia, voz y capacidad de construir aprendizajes desde su propia realidad (Ministerio de Educación Nacional, 2020; UNESCO, 2021).

Diversidad Cultural en el Aula

La diversidad cultural en el aula de clases se debe comprender como una realidad que va más allá de las costumbres tradicionales de los estudiantes, teniendo en cuenta sus formas de relacionarse, sus experiencias personales, sus contextos familiares, sus habilidades, sus emociones, sus creencias, sus formas de comunicación y sus maneras de construir identidad; de hecho, hablar de diversidad es de saber que culturalmente implica reconocer que cada estudiante vive y aprende desde una realidad particular (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022; Bronfenbrenner, 2020).

Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) permiten comprender la interculturalidad en la educación básica favoreciendo el reconocimiento de la diversidad la convivencia y la construcción de espacios escolares más inclusivos. de hecho, este aporte es importante porque permite analizar que la diversidad no solo debe verse como una dificultad para el proceso educativo, sino como una oportunidad más que ayuda enriquecer la convivencia y seguir fortaleciendo el aprendizaje comunitario, desde esta perspectiva ya la escuela tiene el reto de transformar las diferencias y las posibilidades llegar a un dialogo y respeto.

Este planteamiento lo relacionamos directamente con la educación cultural, porque permite comprender que el aula no es un espacio homogéneo; sino que en ella conviven estudiantes con diferentes historias, formas de pensar, condiciones familiares y experiencias sociales; por tanto, la educación cultural debe partir del reconocimiento de esas diferencias para evitar prácticas escolares que excluyan o limiten la participación de algunos estudiantes (Concha-Huarcaya et al., 2024a; Vera Holguín et al., 2021).

Por parte de otros autores, Gubbins y Otero (2022) mencionan que es importante de reconocer la relación entre familia, escuela y diversidad social y cultural dentro de los procesos educativos. El aporte que ellos dan permite entender que las diferencias que se observan en el aula no surgen o se forman únicamente en la escuela, sino que están conectadas con las experiencias familiares, las condiciones sociales y las formas de vida de los estudiantes; la escuela debe evitar interpretar la diversidad desde prejuicios o generalizaciones, y debe acercarse a ella desde la comprensión del contexto.

Concha-Huarcaya et al. (2024a) también aportan información importante a esta subcategoría cuando señalan que la educación artística y la diversidad cultural pueden promover procesos de inclusión dentro del aula de clases, por lo que podemos entender que este aporte permite comprender que las prácticas artísticas y culturales pueden convertirse en medios para que los estudiantes expresen quiénes son, compartan sus experiencias y participen desde sus capacidades; así, la educación cultural no solo permite enseñar contenidos, sino también abrir espacios para el reconocimiento y la participación.

Desde una mirada más enfocada en el Trabajo Social, la diversidad cultural en el aula de clases representa una muy clara oportunidad para promover inclusión, respeto y reconocimiento;

como futuros trabajadores sociales, entendemos que la escuela no debe convertirse en un espacio donde las diferencias entre varias personas sean motivo de exclusión o burla, sino más bien un lugar donde cada estudiante pueda sentirse valorado desde su historia e identidad (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Rodríguez-Herrera, 2025). Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten comprender que el Trabajo Social en el entorno educativo cumple un papel muy importante en el acompañamiento, la orientación y la mediación dentro de la comunidad escolar; Podemos tomar este aporte como una ayuda a interpretar que la diversidad cultural no solo debe ser abordada desde lo pedagógico, sino también desde lo social, que reconozca las situaciones familiares, emocionales y comunitarias que influyen en la vida de los estudiantes.

Limitaciones y Desafíos de la Educación Cultural

Por otro lado, en el ámbito escolar desde el aporte cultural enfrentan desafíos que son importantes que no se pueden dejar pasar porque son la falta de recursos, la carencia de formación de docentes, la poca presencia en el currículo y el poco reconocimiento institucional, todas estas limitaciones dificultan que el arte y la cultura sean tenidos en cuenta como elementos centrales de la formación integral. Por eso es necesario fortalecer la formación del personal profesional por la educación artística de tal manera que se pueda responder a las necesidades pedagógicas y creativas del contexto escolar ((Delgado Cabrera et al., 2021).

Concha-Huarcaya et al. (2024) amplían esta comprensión al señalar que la educación artística puede influir de manera significativa en el desarrollo cognitivo y emocional de los estudiantes; en ese sentido, este aporte resulta relevante porque evidencia que, cuando la educación cultural no se integra adecuadamente en el currículo, se pierden oportunidades importantes para fortalecer la creatividad, la expresión emocional, la comunicación y la convivencia. Asimismo, el escaso reconocimiento de la educación cultural no solo afecta un área específica del aprendizaje, sino también el desarrollo integral de los estudiantes.

Por otra parte, la formación cultural asimismo se ve con el desafío de dar respuesta a entornos sociales variados, en los que los educandos necesitan recintos de aceptación, intervención y manifestación, tal como apuntan Paredes Valera y Carcausto Calla (2022), señalando que la interculturalidad en la formación primordialmente no tendría que mirarse

solamente como la congregación de distintas culturas dentro de la institución, sino como un quehacer pedagógico que reclama validar, apreciar y estimar las disparidades culturales de todo alumno.

Desde estos aportes se puede entender que la escuela tiene la responsabilidad de generar condiciones de igualdad e inclusión, evitando que las diferencias culturales, sociales o personales se conviertan poco a poco en motivos de discriminación o exclusión, y este planteamiento resulta bastante importante para el análisis porque permite reconocer que uno de los desafíos de la educación cultural consiste en pasar del discurso de la diversidad a más bien prácticas escolares concretas; lo que quiere decir que no basta con afirmar que la escuela reconoce la diversidad también es necesario crear espacios donde los estudiantes puedan expresar sus experiencias, sentirse representados y participar activamente en su proceso formativo (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022; Vera Holguín et al., 2021).

Del mismo modo, Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) aportaron sobre todo a mencionar que la educación cultural y artística resulta muy importante para el desarrollo de un pensamiento creativo cuando se emplea estrategias pedagógicas adecuadas; esta noción nos deja entrever que la educación cultural, lejos de limitarse a prácticas manuales, recreativas o externas al currículo, debería perseguir experiencias trascendentes. En ellas, los estudiantes tendrán la oportunidad de crear, interpretar, exteriorizar sentimientos y conectar lo aprendido con el entorno que los rodea y las vivencias que ya experimentaron.

No obstante, el reto no se detiene solo añadir la enseñanza cultural en la escuela, más bien a asegurarse que esta tenga un propósito pedagógico definido. Esto quiere decir que las iniciativas culturales y artísticas requieren de un diseño adecuado y ligado a las dificultades de los alumnos, sus mundos, y sobre todo, sus maneras de asimilar el conocimiento para alcanzar la meta; al suceder esto, la educación cultural es capaz de potenciar la imaginación, la implicación, la confianza en uno mismo y el crecimiento total (Jaramillo-Rodríguez & Cevallos-Chamba, 2024; Moura de Carvalho et al., 2021).

Desde el Trabajo Social, estos desafíos deben ser analizados con una mirada crítica y humana. Porque no solo se trata únicamente de señalar precariedad institucional sino de comprender cómo estas afectan la participación, la autoestima, la identidad y el desarrollo

integral de los estudiantes. Desde la ética profesional, el Trabajo Social debe promover espacios donde los estudiantes puedan expresarse, fortalecer sus capacidades y aprender a relacionarse desde el respeto y la responsabilidad (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Franco Marín, 2023).

Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten reforzar esta idea porque al señalar que el Trabajo Social en el ámbito educativo cumple funciones de apoyo, prevención, orientación y mediación. Entonces, se entiende que los desafíos de la educación cultural no son solo pedagógicos, sino también sociales, porque están relacionados con la inclusión, la convivencia, el bienestar y el reconocimiento de los estudiantes dentro del aula

Estrategias Pedagógicas

Las estrategias pedagógicas son fundamentales para que la educación cultural tenga un verdadero impacto en el aula, no basta con incluir contenidos culturales o artísticos dentro del currículo si estos no se desarrollan mediante prácticas activas, participativas y significativas, por ello, las estrategias pedagógicas deben permitir que los estudiantes se involucren en su proceso de aprendizaje, compartan sus experiencias, trabajen con otros y relacionen los contenidos escolares con su realidad (Ausubel, 2020; Pérez & Castillo, 2021).

También, Lema-Cachinell et al. (2023) aporta a esta subcategoría al hacer énfasis en la importancia del aprendizaje cooperativo dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje. Su planteamiento permite comprender que el trabajo en equipo no solo favorece el aprendizaje académico, sino también la interacción social, la comunicación, la corresponsabilidad y el respeto por las ideas de los demás; además, en el campo de la educación cultural, este aporte resulta importante, porque muestra que los estudiantes no aprenden solo de manera individual, sino también por medio de la colaboración, el diálogo y el intercambio de ideas con sus compañeros; adicional a eso, permite comprender que el conocimiento se va construyendo entre todos, ya que cada estudiante puede aportar desde sus experiencias, su cultura y su propia forma de ver el mundo, por eso, la educación cultural ayuda a crear espacios más participativos e inclusivos, donde se valora la opinión de todos y se fortalece el aprendizaje colectivo.

Viéndolo de esta forma, las estrategias pedagógicas como el aprendizaje cooperativo, el trabajo en equipo, los proyectos artísticos y culturales y las actividades participativas favorecen la interacción entre estudiantes, la construcción colectiva del conocimiento y el fortalecimiento de habilidades sociales, lo que permite que el aula se convierta en un espacio de encuentro, donde los estudiantes no solo reciben información, sino que también comparten experiencias, crean, opinan y participan activamente (Johnson & Johnson, 2020; Lema-Cachinell et al., 2023).

Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) permiten ampliar la información y el análisis que realizamos cuando señalan que las estrategias empleadas en educación cultural y artística contribuyen al desarrollo del pensamiento creativo, lo cual resulta relevante porque muestra que la creatividad no surge de manera espontánea, sino que necesita ambientes pedagógicos que la estimulen el proceso de los alumnos, cuando los estudiantes participan en actividades que les permiten crear, interpretar, imaginar y expresar su realidad, desarrollan habilidades que van más allá de lo artístico, pues fortalecen también su pensamiento crítico, su autonomía y su capacidad de resolver problemas.

Desde esta mirada, la educación cultural puede apoyarse en estrategias como relatos de vida, actividades artísticas, proyectos comunitarios, diálogo, trabajo colaborativo y reconocimiento de experiencias familiares y culturales, resultan estrategias importantes porque permiten que el estudiante relacione los aprendizajes con su contexto y se reconozca como parte activa del proceso educativo, además de que favorecen a una educación más cercana a las emociones, intereses y realidades de los estudiantes (Kolb, 2020; Ruiz & Mendoza, 2023).

Ausubel (2020) también permite comprender la importancia de que los aprendizajes sean significativos. Desde esta perspectiva, las estrategias pedagógicas en educación cultural deben partir de los saberes previos, las experiencias y los contextos de los estudiantes. Esto quiere decir que el aprendizaje tiene mayor sentido cuando se conecta con la vida cotidiana, con las relaciones familiares, con la cultura y con las formas propias de comprender el mundo.

En relación con el Trabajo Social, las estrategias pedagógicas más bien deberían responder a la realidad de los estudiantes y no aplicarse de manera general o solo superficial; como futuros trabajadores sociales, se reconoce que cada grupo tiene necesidades, historias y formas distintas de aprender, por eso, las estrategias deben permitir que los estudiantes se

expresen, participen y se reconozcan como sujetos activos en su proceso educativo (Franco Marín, 2023; Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017).

Por su parte Franco Marín (2023) aporta a este análisis al destacar la importancia de los vínculos entre familia y escuela en los procesos educativos, permite entender que las estrategias pedagógicas no deben pensarse únicamente desde el aula, sino también desde las relaciones que los estudiantes construyen en sus familias y comunidades; en el ámbito de la ética profesional del Trabajo Social, esto implica promover prácticas incluyentes, sensibles y respetuosas de la diversidad, que permitan fortalecer la participación, la convivencia y el sentido de pertenencia.

Formación Docente

La formación docente resultó ser un punto clave para que la educación cultural pueda desarrollarse de manera adecuada, si los docentes no cuentan con herramientas para trabajar la diversidad, las habilidades sociales, el pensamiento crítico y las realidades culturales de los estudiantes, la educación cultural puede quedarse solo en actividades aisladas o poco profundas; por ello, es necesario fortalecer la preparación de los profesionales encargados de orientar procesos de educación artística y cultural (Delgado Cabrera et al., 2021; Perrenoud, 2020).

De igual manera, Delgado Cabrera et al. (2021) permite comprender que el proceso formativo del docente o profesional para la educación artística debe responder a las necesidades actuales del colegio o el entorno en el que se está trabajando; logramos entender desde su aporte que la formación docente no puede limitarse al dominio de contenidos, sino que debe incluir herramientas pedagógicas, sensibilidad social y capacidad para trabajar con estudiantes diversos; esto es importante porque la educación cultural requiere docentes capaces de interpretar las realidades de sus estudiantes y diseñar experiencias que tengan sentido para ellos.

Verdecía Almaguer (2022) también aporta a esta reflexión al señalar la importancia de la formación del profesional para la educación artística en el contexto actual. Desde esta mirada, se entiende que la educación cultural necesita profesionales preparados para enfrentar los cambios sociales, tecnológicos, culturales y educativos que atraviesan la escuela. Esto implica que los docentes deben estar en capacidad de promover aprendizajes creativos, inclusivos y contextualizados.

Esta subcategoría permite comprender que el docente no solo transmite conocimientos, sino que también acompaña procesos humanos. Por eso, su formación debe permitirle reconocer las diferencias presentes en el aula, comprender las dinámicas sociales que afectan a los estudiantes y diseñar estrategias que favorezcan la participación y el aprendizaje significativo. En este punto, la educación cultural necesita docentes sensibles, preparados y capaces de conectar los contenidos escolares con la realidad de sus estudiantes (Gimeno Sacristán, 2020; Pérez Gómez, 2021).

Por otro lado, Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) aportan a esta comprensión al mostrar que las estrategias pedagógicas en Educación Cultural y Artística pueden favorecer el pensamiento creativo; se puede entender que la formación docente debe incluir la capacidad de planear actividades con sentido pedagógico, y no solo actividades artísticas aisladas. El docente debe saber por qué realiza una estrategia, qué busca fortalecer en los estudiantes y cómo esa experiencia aporta a su desarrollo integral.

Concha-Huarcaya et al. (2024b) permiten ampliar esta idea al relacionar la educación artística con el desarrollo cognitivo y emocional; desde este aporte se comprende que la formación docente debe preparar a los educadores para reconocer que las actividades culturales y artísticas pueden influir en la manera como los estudiantes piensan, sienten, se comunican y conviven. Por tanto, el docente necesita herramientas para acompañar no solo aprendizajes académicos, sino también procesos emocionales y sociales.

Desde la mirada del Trabajo Social, la formación docente también debe pensarse como un proceso de sensibilización frente a las condiciones sociales, familiares y culturales que atraviesan a los estudiantes; el trabajador social puede aportar en este proceso mediante la orientación, el acompañamiento y la lectura del contexto. Éticamente, esto implica promover una escuela donde los docentes no trabajen solos, sino articulados con otros profesionales, familias y comunidad, para responder de manera más humana a las necesidades de los estudiantes (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023).

De igual forma, Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten comprender que el Trabajo Social en el entorno educativo puede contribuir a la articulación entre los diferentes actores de la comunidad escolar. Desde esta perspectiva, la formación docente no debe verse

como una responsabilidad individual del maestro, sino como parte de un trabajo conjunto en el que participan docentes, trabajadores sociales, familias, directivos y comunidad. Esta articulación favorece una educación más integral, sensible e incluyente.

Cierre de la Categoría: Integración de la Educación Cultural en el Contexto Educativo

En conjunto, esta categoría permite comprender que la integración de la educación cultural en el contexto educativo es necesaria para fortalecer el desarrollo integral de los estudiantes. Los autores analizados muestran que la escuela actual debe reconocer las identidades, relaciones, emociones, experiencias familiares y condiciones culturales que influyen en la vida de los estudiantes. Por ello, la educación cultural debe ser vista como una herramienta para fortalecer la convivencia, el pensamiento crítico, la participación y el respeto por la diversidad (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022; Concha-Huarcaya et al., 2024a; Concha-Huarcaya et al., 2024b).

Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) de nuevo nos permite comprender que la interculturalidad exige reconocer y valorar la diversidad dentro del colegio; resulta importante este aporte porque muestra que la educación cultural tiene una función social: favorecer espacios de igualdad e inclusión. Concha-Huarcaya et al. (2024a; 2024b) por su parte permiten ampliar esta vista al relacionar la educación artística con la inclusión, el desarrollo cognitivo y el desarrollo emocional de los estudiantes; estos aportes muestran que la cultura y el arte pueden contribuir a una formación más integral.

Asimismo, el análisis permite reconocer que existen desafíos importantes, como la baja valoración institucional de la educación cultural, la falta de estrategias pedagógicas y la necesidad de una formación docente más contextualizada. Desde la ética del Trabajo Social, estos aspectos invitan a promover una educación más cercana a la realidad de los estudiantes, donde la cultura sea entendida como una forma de reconocer al otro, fortalecer vínculos y construir espacios escolares más incluyentes (Delgado Cabrera et al., 2021; Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017).

De esta manera, la integración de la educación cultural no debe asumirse como un complemento del currículo, sino como una dimensión necesaria para formar estudiantes capaces de reconocerse, convivir, expresarse y participar en su entorno. Esta categoría muestra que la educación cultural tiene un papel importante en la construcción de una escuela más humana, democrática y sensible a las realidades sociales (Ministerio de Educación Nacional, 2020; UNESCO, 2021).

Trabajo Social y Educación Cultural

Esta categoría permite analizar el papel del trabajo social dentro de los procesos educativos relacionados con la cultura, la diversidad, la convivencia y la participación; el trabajo social no suele limitarse únicamente a atender problemáticas individuales, sino que también puede acompañar procesos grupales que fortalezcan la relación entre escuela, familia y comunidad (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Franco Marín, 2023). Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) de nuevo aportan una mirada fundamental al señalar que el trabajo social en el entorno educativo cumple funciones de apoyo, orientación, prevención y mediación; de esto logramos entender que la labor del trabajador social en la escuela no se reduce a intervenir cuando aparece una dificultad o problemática, sino que también implica promover condiciones para el bienestar, la inclusión y la participación de los estudiante; en relación con la educación cultural, esto significa acompañar procesos que favorezcan el reconocimiento de la diversidad y el fortalecimiento de la convivencia

Desde esta perspectiva, el Trabajo Social aporta una mirada humana y social a la educación cultural, porque permite comprender al estudiante desde su contexto y no solo desde su desempeño académico. Esta categoría se desarrolla a partir de cuatro subcategorías: intervención social, mediación cultural, participación comunitaria y transformación social (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023).

Franco Marín (2023) permite ampliar esta comprensión al analizar la relación entre familia y escuela. Su aporte muestra que los procesos educativos no pueden entenderse sin tener en cuenta los vínculos familiares, las condiciones sociales y las posibilidades de acompañamiento que tienen los estudiantes. Esto es importante para el Trabajo Social porque

permite ubicar la educación cultural dentro de una red más amplia de relaciones, donde intervienen la escuela, la familia y la comunidad.

Restrepo Restrepo y Gallego Henao (2023) también aportan al señalar la importancia de fortalecer redes de colaboración educativa. Desde sus planteamientos, se entiende que el Trabajo Social puede contribuir a generar vínculos entre los diferentes actores de la comunidad escolar, promoviendo procesos de corresponsabilidad, participación y apoyo. Esto permite comprender que la educación cultural puede tener mayor impacto cuando no se limita al aula, sino que se articula con la familia y el entorno comunitario.

Intervención Social

La intervención social en el contexto educativo es necesaria porque los estudiantes enfrentan situaciones familiares, sociales, culturales y emocionales que pueden afectar su bienestar, sus relaciones y su proceso de aprendizaje. Desde esta perspectiva, el estudiante no puede analizarse de manera aislada, ya que su comportamiento, su rendimiento y su participación escolar están relacionados con su familia, sus vínculos sociales y su contexto comunitario (Bronfenbrenner, 2020; Franco Marín, 2023).

En ese mismo sentido, Franco Marín (2023) aporta a esta subcategoría al mostrar que la relación entre familia y escuela tiene límites y posibilidades dentro de la construcción de vínculos educativos. Su planteamiento permite comprender que muchas situaciones que se presentan en el aula están relacionadas con las dinámicas familiares y sociales de los estudiantes. Por ello, la intervención social debe partir de una lectura amplia del contexto, evitando responsabilizar únicamente al estudiante por sus dificultades.

Restrepo Restrepo y Gallego Henao (2023) permiten complementar esta mirada al destacar la importancia de las redes de colaboración educativa. Desde sus aportes, se entiende que la intervención social no debe centrarse solo en atender problemas individuales, sino también en fortalecer relaciones de apoyo entre escuela, familia y comunidad. Esto es importante porque el bienestar de los estudiantes depende, en gran medida, de las redes que los acompañan y de las oportunidades de participación que encuentran en su entorno.

Estos aportes se conectan con la teoría del trabajo social porque permiten comprender que la intervención social debe identificar situaciones de riesgo, acompañar procesos familiares y personales y fortalecer redes de apoyo que favorezcan el desarrollo integral. Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) señalan que el trabajo social en el entorno educativo cumple funciones de apoyo, orientación, prevención y mediación entre los diferentes individuos pertenecientes a la comunidad escolar; la intervención social relacionada con la educación cultural debe permitir que los estudiantes sean escuchados, reconocidos y acompañados, no se trata solo de resolver conflictos o atender dificultades, sino más bien de crear condiciones para que los estudiantes participen, expresen emociones, fortalezcan la identidad y construyan relaciones más respetuosas dentro del colegio (Bisquerra, 2020; Rodríguez-Herrera, 2025).

Como futuros trabajadores sociales, esta subcategoría ayuda a entender que se debe intervenir desde la comprensión y no desde el juicio, la intervención social debe partir de la escucha, el respeto y el reconocimiento de las capacidades del estudiante; desde lo ético el trabajo social tiene el compromiso de acompañar a los estudiantes y sus familias, promoviendo bienestar, inclusión y oportunidades para que puedan participar plenamente en su proceso educativo (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Colombia. Congreso de la República, 1977).

Mediación Cultural

La mediación cultural es importante porque en la escuela pueden aparecer tensiones relacionadas con las formas de expresión, las relaciones, la construcción de identidad y las dinámicas de exclusión. Desde la educación cultural, estas preocupaciones deben abordarse mediante el diálogo, la escucha y el reconocimiento de la diversidad, evitando que las diferencias personales, sociales o culturales se conviertan en motivos de rechazo (Paredes Valera & Carcausto Calla, 2022; Rodríguez-Herrera, 2025).

Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) aportan a esta subcategoría al mostrar que la interculturalidad en la educación básica requiere reconocer la diversidad y promover relaciones de respeto, lo que permite comprender que la mediación cultural no consiste únicamente en intervenir cuando aparece un conflicto, sino en construir condiciones para que los estudiantes

aprendan a convivir desde los esfuerzos del otro; así, la mediación cultural tiene un carácter prudente y formativo.

Concha-Huarcaya et al. (2024a) permiten que este análisis sea amplio al relacionar la educación artística y la diversidad cultural con la inclusión en el aula de hecho se entiende que las prácticas artísticas pueden abrir espacios para que los estudiantes expresen sus experiencias, emociones e identidades. Esto es importante porque muchas veces los conflictos escolares se relacionan con la falta de reconocimiento, la burla, la exclusión o la dificultad para expresar lo que se siente y se piensa.

Esta subcategoría se conecta con la educación cultural porque permite comprender que la convivencia en los colegios necesita espacios de diálogo, escucha y reconocimiento; la mediación cultural no se basa solo en resolver conflictos, sino en ayudar a que los estudiantes comprendan sus diferencias, expresen ideas y reconozcan la dignidad del otro; resulta ser responsabilidad del colegio fortalecer la comunicación y promover relaciones basadas en el respeto (Rodríguez-Herrera, 2025; Vera Holguín et al., 2021). Rodríguez-Herrera (2025) ayuda a entender mejor cómo el arte se relaciona con las habilidades sociales, la ciudadanía y la cultura de paz, esto nos permite ver que la educación cultural puede ayudar a desarrollar habilidades importantes como la empatía, la comunicación efectiva, la resolución de conflictos de manera pacífica y la participación activa en la comunidad; desde este punto de vista la mediación cultural no se enfoca solo en mejorar la convivencia diaria sino en formar estudiantes que puedan relacionarse de manera más humana y responsable con los demás.

Desde el trabajo social la mediación cultural exige sensibilidad, respeto y capacidad de escucha; como futuros trabajadores sociales, se reconoce que muchas situaciones de conflicto tienen detrás historias, emociones, inseguridades o necesidades de reconocimiento, por eso, la mediación debe permitir que los estudiantes se escuchen, comprendan sus diferencias y construyan acuerdos desde el respeto (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Bisquerra, 2020).

Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten aclarar de mejor manera esta idea al señalar que el trabajo social en el ámbito educativo cumple funciones de mediación entre los distintos actores de la comunidad escolar; este aporte se comprende que el trabajador social puede actuar como puente entre estudiantes, docentes, familias y comunidad, promoviendo

relaciones más justas, claras e incluyentes, y desde el ámbito ético, esta labor busca prevenir la exclusión y fortalecer una convivencia más humana.

Participación Comunitaria

La participación comunitaria resulta importante para fortalecer los procesos educativos y culturales, ya que permite vincular a la escuela con la familia y la comunidad; y por lo que ya sabemos la educación cultural no debe quedarse únicamente dentro del aula, porque las experiencias culturales de los estudiantes también se construyen en sus hogares, en sus barrios, en sus comunidades y en sus relaciones cotidianas (Ander-Egg, 2020; Gubbins & Otero, 2022).

Por su parte, Gubbins y Otero (2022) permiten comprender que la relación familia y colegio en contextos de diversidad social y cultural es un elemento crucial dentro de los procesos educativos, su aporte muestra que la participación de las familias no puede verse de una sola manera, ya que cada familia tiene condiciones, tiempos, saberes y formas distintas de vincularse con el colegio. Por ello, la participación comunitaria debe construirse desde el respeto por esas diferencias y no desde exigencias homogéneas que desconozcan la realidad de las familias.

Franco Marín (2023) también aporta a esta subcategoría al analizar los límites y posibilidades de la relación entre familia y escuela. Desde sus planteamientos, se entiende que esta relación puede fortalecer los procesos educativos cuando se basa en el diálogo, la confianza y la corresponsabilidad. Sin embargo, también puede presentar dificultades cuando existen barreras de comunicación, falta de reconocimiento o poca articulación entre los actores educativos. Esto permite comprender que la participación comunitaria debe ser promovida de manera intencional y no asumirse como algo automático.

Estos aportes permiten entender que la educación cultural no debe quedarse únicamente dentro del aula. Para que tenga mayor sentido, debe relacionarse con la familia, el territorio, las experiencias comunitarias y las realidades sociales de los estudiantes. La participación comunitaria permite que la escuela sea un espacio más cercano, donde las familias y la comunidad también aporten a la formación de los estudiantes (Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023; Ander-Egg, 2020).

Restrepo Restrepo y Gallego Henao (2023) permiten ampliar esta mirada al destacar la importancia de fortalecer redes de colaboración educativa. Su aporte es importante porque muestra que la participación comunitaria no solo consiste en invitar a las familias a actividades escolares, sino en construir redes de apoyo que favorezcan el bienestar y el desarrollo integral de los estudiantes. Desde esta perspectiva, la comunidad puede convertirse en un recurso educativo y social para fortalecer la identidad, la convivencia y el sentido de pertenencia.

Desde el Trabajo Social, la participación comunitaria es una herramienta para fortalecer vínculos, redes de apoyo y sentido de pertenencia. Como futuros profesionales, se reconoce que ningún proceso educativo se construye de manera individual. La escuela, la familia y la comunidad deben trabajar juntas para acompañar a los estudiantes (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023).

Ander-Egg (2020) permite comprender la importancia del desarrollo de la comunidad como un proceso de participación, organización y construcción colectiva. Este aporte se relaciona con la educación cultural porque muestra que las comunidades no son solo receptoras de acciones institucionales, sino actores con saberes, experiencias y capacidades. Desde la ética profesional del Trabajo Social, esto implica promover espacios de diálogo y corresponsabilidad, donde todas las voces sean escuchadas y valoradas.

Transformación Social.

La educación cultural puede aportar a la transformación social cuando ayuda a los estudiantes a fortalecer su identidad, desarrollar pensamiento crítico, mejorar sus habilidades sociales y participar de manera activa en su entorno. En este sentido, la educación no debe limitarse a transmitir contenidos, sino que debe contribuir a formar sujetos capaces de comprender su realidad y participar en la construcción de relaciones más justas e incluyentes (Giroux, 2020; UNESCO, 2021).

Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) como autores permiten entender que la interculturalidad en la educación básica de verdad favorece el reconocimiento de la diversidad, la convivencia y la construcción de espacios mucho más inclusivos; esto resulta realmente importante porque muestra que la transformación social comienza en prácticas cotidianas o

“pequeñas” de reconocimiento y respeto dentro del colegio, ya que cuando los estudiantes aprenden a valorar las diferencias, también desarrollan capacidades para convivir y participar en una sociedad diversa. Concha-Huarcaya et al. (2024a) aportan principalmente a esta subcategoría al relacionar la educación artística y la diversidad cultural con la inclusión en el aula, logrando entender desde su planteamiento que la transformación social no siempre ocurre mediante grandes cambios inmediatos, sino también a través de experiencias educativas que permiten a los estudiantes sentirse reconocidos, expresar su identidad y participar desde sus capacidades. La inclusión, en este sentido, es una forma concreta de transformación dentro del espacio escolar.

Esta subcategoría se conecta con la teoría principalmente porque nos permite reconocer que la educación no solo debe formar estudiantes que memoricen contenidos a corto o largo plazo, sino sujetos capaces de comprender su realidad y participar en ella; la educación cultural, cuando se trabaja de manera consciente, permite que los estudiantes se reconozcan, valoren su contexto y desarrollen herramientas para convivir y transformar su entorno. En este sentido, la cultura se convierte en un medio para fortalecer la conciencia social (Giroux, 2020; Concha-Huarcaya et al., 2024b).

Por su parte Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) también aportan mucho a esta reflexión al señalar que la educación cultural y artística puede favorecer el pensamiento creativo, esto nos permite comprender que la creatividad es una capacidad importante para la transformación social, porque ayuda a los estudiantes a imaginar soluciones, expresar ideas, interpretar su realidad y construir nuevas formas de relación, lo que nos da a entender que la educación cultural no solo desarrolla habilidades artísticas, sino también capacidades para pensar críticamente y participar activamente.

Por otro lado diferente Rodríguez-Herrera (2025) permite ampliar esta mirada al vincular el arte con las competencias socioemocionales, ciudadanas y una cultura de paz, su aporte es relevante porque permite entender que la transformación social también requiere fortalecer habilidades para la convivencia, el diálogo, la empatía y la resolución pacífica de conflictos, dándonos a entender que la educación cultural puede aportar a la construcción de comunidades escolares más democráticas, participativas y respetuosas.

Desde el Trabajo Social, la transformación social es uno de los propósitos más importantes de la profesión. Como futuros trabajadores sociales, se comprende que transformar no significa imponer cambios, sino acompañar procesos donde las personas y comunidades reconozcan sus capacidades, fortalezcan sus vínculos y participen en la construcción de mejores condiciones de vida (Ander-Egg, 2020; Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017).

Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten relacionar esta idea con el entorno educativo, al señalar que el Trabajo Social puede aportar en procesos de apoyo, prevención, orientación y mediación. Desde esta mirada, el trabajador social contribuye a la transformación social cuando promueve inclusión, participación, reconocimiento de derechos y fortalecimiento de redes. Éticamente, la educación cultural aporta a esta transformación porque promueve identidad, participación y respeto por la dignidad humana.

Cierre de la Categoría: Trabajo Social y Educación Cultural

Esta categoría permite comprender que el Trabajo Social cumple un papel importante dentro de la educación cultural, porque aporta una mirada integral sobre los estudiantes, sus familias, sus relaciones y sus contextos. Los autores revisados muestran que las dinámicas familiares, sociales, culturales y escolares influyen directamente en la forma en que los estudiantes se relacionan, aprenden y construyen identidad (Bronfenbrenner, 2020; Gubbins & Otero, 2022).

En esta línea, Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) mencionan que el trabajo social en la escuela es importante porque ayuda a los estudiantes. El trabajo social acompaña, previene problemas, orienta y media en conflictos. Esto es útil porque el trabajador social puede hacer que la escuela sea un lugar más amigable y que incluya a todos. La escuela debe reconocer las necesidades y capacidades de cada estudiante. Cuando hablamos de educación cultural, el trabajo social promueve la convivencia, la participación y el respeto a las diferencias entre las personas.

Gubbins y Otero (2022), Franco Marín (2023) y Restrepo Restrepo y Gallego Henao (2023) permiten tener una visión más amplia, estos autores destacan lo importante que es la relación entre la familia, la escuela y la comunidad, sus investigaciones nos ayudan a entender que la educación cultural no puede desarrollarse por sí sola. En cambio, necesita estar

relacionada con los lugares donde los estudiantes forman sus relaciones, sus valores y sus formas de entender el mundo. Esto nos da una idea de cómo la educación cultural se ve influenciada por el entorno en el que se desarrolla.

Acorde a esto, el trabajo social puede aportar a la intervención social, la mediación cultural, la participación comunitaria y la transformación social, su papel no se limita a atender dificultades, sino que también consiste en fortalecer capacidades, acompañar procesos y promover escenarios educativos mucho más incluyentes; desde la ética esto implica defender una educación que reconozca a los estudiantes como sujetos de derechos, con historias, emociones, identidades y posibilidades de transformación (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Colombia. Congreso de la República, 2006).

En síntesis la relación entre trabajo social y educación cultural permite comprender que el colegio es un espacio muy social donde se expresan desigualdades, diferencias, conflictos, vínculos y posibilidades de cambio, por ello, el trabajo social puede contribuir a que la educación cultural no sea solo una práctica pedagógica, sino además ser una estrategia de inclusión, reconocimiento y construcción de convivencia (Rodríguez-Herrera, 2025; UNESCO, 2021).

Cierre General del Análisis de Resultados

El análisis realizado permite comprender que la educación cultural tiene un papel importante en el contexto educativo porque ayuda a mirar al estudiante más allá de sus calificaciones o de su rendimiento académico. Cada estudiante llega al aula con una historia, una familia, unas relaciones, unas emociones, unas formas de comunicarse y una identidad en construcción. Por eso, hablar de educación cultural es hablar también de reconocimiento, convivencia, participación y desarrollo integral (Alvarez Ledesma & De La Torre Alarcón, 2020; Meneses Luna & Valencia Arguello, 2023).

A partir de los autores revisados, se evidencia que la vida de los estudiantes está atravesada por diferentes dinámicas familiares, sociales, culturales y escolares. Esto permite comprender que la escuela no puede ignorar estas realidades, porque hacen parte de la manera como los estudiantes se expresan, se relacionan y se construyen a sí mismos. En este sentido, la

educación cultural permite conectar los aprendizajes escolares con la vida cotidiana de los estudiantes (Bronfenbrenner, 2020; Gubbins & Otero, 2022).

Los aportes de Paredes Valera y Carcausto Calla (2022) permiten comprender que la diversidad cultural debe ser reconocida y valorada dentro de la escuela. Este planteamiento es importante porque muestra que la educación cultural puede contribuir a la construcción de espacios escolares más inclusivos, donde las diferencias no sean vistas como problemas, sino como oportunidades para aprender a convivir desde el respeto.

Con el aporte de Concha-Huarcaya et al. (2024a; 2024b) podemos ampliar esta comprensión al visualizar que la educación artística y cultural puede favorecer la inclusión, el desarrollo cognitivo y el desarrollo emocional de los estudiantes y desde sus aportes, se entiende que la educación cultural no solo fortalece habilidades artísticas y culturales, sino también capacidades sociales, emocionales y cognitivas necesarias para el desarrollo integral de cada estudiante.

Jaramillo-Rodríguez y Cevallos-Chamba (2024) aportan sobretodo al mostrar que la educación cultural y artística puede fortalecer el pensamiento creativo cuando se trabaja con estrategias pedagógicas muy pertinentes, por lo que podemos entender que la educación cultural necesita prácticas intencionadas, participativas y significativas, capaces de motivar a los estudiantes a crear, interpretar, expresar y relacionar sus aprendizajes con su realidad.

También se logró identificar desafíos importantes, como la baja integración curricular de la educación cultural, la falta de recursos, la necesidad de formación docente y la importancia de fortalecer estrategias pedagógicas más activas y contextualizadas, claramente estos elementos muestran que la educación cultural debe ayudar a formar estudiantes críticos, capaces de comunicarse con respeto y de reconocer la dignidad del otro (Delgado Cabrera et al., 2021; Rodríguez & Castro, 2022).

Las estrategias pedagógicas y la formación docente aparecen como elementos fundamentales para que la educación cultural tenga sentido dentro del aula, específicamente los aportes de Lema-Cachinell et al. (2023) resaltan la importancia del aprendizaje cooperativo, mientras que por su parte Delgado Cabrera et al. (2021) y Verdecía Almaguer (2022) nos ayuda a entender por qué es importante que los profesionales que enseñan arte y cultura tengan una

buena formación, ya que la educación cultural debe ser práctica, humana y relacionada con la vida real de los estudiantes.

Desde el trabajo social, este análisis permite reconocer que la educación cultural no es solo un asunto pedagógico, sino también social, familiar y comunitario. La intervención social permite acompañar situaciones que afectan el bienestar de los estudiantes; la mediación cultural facilita el diálogo y la convivencia; la participación comunitaria fortalece el vínculo entre escuela, familia y comunidad; y la transformación social permite que la educación sea un camino para construir relaciones más justas e incluyentes (Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Restrepo Restrepo & Gallego Henao, 2023).

Castro-Clemente y Pérez-Viejo (2017) permiten comprender que el Trabajo Social en el entorno educativo cumple funciones fundamentales para acompañar a los estudiantes, orientar procesos, prevenir situaciones de exclusión y mediar entre los diferentes actores de la comunidad escolar. Este aporte es central para el análisis, porque permite ubicar al trabajador social como un profesional que puede contribuir a que la educación cultural tenga un sentido social, ético e incluyente.

En conclusión, la educación cultural debe ser entendida como una herramienta para formar estudiantes más conscientes de sí mismos, de su entorno y de los demás. Su valor está en que permite fortalecer la identidad, el pensamiento crítico, las habilidades sociales, la convivencia y la participación. Desde la ética del Trabajo Social, este análisis invita a defender una educación más humana, sensible e incluyente, donde cada estudiante sea reconocido como sujeto de derechos, con voz propia, con historia y con capacidad para transformar su realidad (Concha-Huarcaya et al., 2024a; Castro-Clemente & Pérez-Viejo, 2017; Rodríguez-Herrera, 2025).

Capítulo III

Conclusiones

En este capítulo se exponen las conclusiones obtenidas a partir del análisis documental realizado sobre la educación cultural y su importancia para el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica. Estas conclusiones se desarrollan a partir de la revisión de fuentes bibliográficas, documentos académicos y aporte teórico relacionado con el tema de investigación. Las conclusiones, asimismo, se agrupan de acuerdo con los objetivos planteados en la monografía, con el fin de dejar en evidencia el cumplimiento de los propósitos investigativos. Se recogen los principales hallazgos, interpretaciones, reflexiones críticas y argumentos finales a los que se ha llegado tras el análisis y síntesis de la información revisada.

Gracias a la revisión documental se logra entender que la educación cultural es fundamental dentro del desarrollo integral de los estudiantes de educación básica y no sólo debe entenderse como una materia de arte o una actividad recreativa, sino como una herramienta pedagógica que favorezca la expresión, la creatividad, la identidad y la convivencia y la participación de los estudiantes en su entorno escolar y social; de igual forma la UNESCO (2024) afirma que la cultura y las artes son un elemento esencial para el desarrollo integral e inclusivo de las personas, ya que potencian la identidad, el pensamiento crítico y la valoración de la diversidad.

En primera instancia, hablando del primer objetivo de la investigación, se logró comprender que la educación cultural aporta de manera significativa al desarrollo cognitivo, social y emocional de los niños, niñas y adolescentes; a través de actividades como la música, la danza, el teatro, la pintura, los proyectos culturales y el trabajo colaborativo, los estudiantes fortalecen habilidades como la creatividad, la comunicación, la empatía, la resolución de problemas y la capacidad de relacionarse con los demás; Eisner (2002) específicamente plantea que las artes son fundamentales para desarrollar aspectos complejos del pensamiento y no deben considerarse secundarias dentro de la educación.

Asimismo, se concluye que la educación cultural permite reconocer y valorar la diversidad presente en el aula, cada estudiante llega al colegio con una historia de vida, unas costumbres, una familia, unas creencias y una manera diferente de comprender el mundo, por eso

cuando las instituciones educativas incorporan la cultura dentro de sus procesos formativos, contribuyen a que los estudiantes se sientan reconocidos, fortalezcan su identidad y aprendan a respetar las diferencias culturales, sociales y familiares de sus compañeros. Desde la educación multicultural, Banks (2016) sostiene que la escuela debe responder a la diversidad cultural de los estudiantes y promover experiencias educativas más inclusivas y equitativas.

Con respecto al análisis de las dificultades existentes, se evidenció que la educación cultural aún enfrenta varios retos dentro de las instituciones educativas. En muchos casos, no cuenta con suficiente tiempo dentro del currículo, recursos materiales, espacios adecuados o apoyo institucional. Además, en algunas escuelas todavía se considera como una asignatura secundaria o complementaria, cuando en realidad tiene un papel esencial en la formación integral de los estudiantes. Esta situación limita las posibilidades de desarrollar procesos culturales permanentes, participativos e inclusivos. La UNESCO (2024) ha señalado la necesidad de poner la cultura y las artes en el centro de las políticas, estrategias, planes de estudio y programas educativos, precisamente para evitar que se reduzcan a actividades aisladas o marginales (UNESCO, 2024).

Otro aspecto importante identificado en la investigación es el papel del trabajo social en los procesos de educación cultural, desde esta profesión se puede aportar al fortalecimiento de la relación entre la escuela, la familia y la comunidad; el trabajador social puede acompañar a los estudiantes, promover la participación, apoyar la convivencia escolar, identificar necesidades sociales y culturales, y generar estrategias que permitan que la educación cultural responda a las realidades de cada contexto educativo, y se puede relacionar con la perspectiva de una educación inclusiva, en la cual la escuela debe reconocer las condiciones sociales, culturales y familiares que influyen en el aprendizaje y la participación de los estudiantes.

Finalmente, se logra concluir que la educación cultural debe ser asumida como una parte esencial de la formación de los estudiantes de educación básica, su importancia se basa en que permite formar personas más sensibles, creativas, participativas, críticas y conscientes de su realidad; además, contribuye a la construcción de espacios escolares más humanos, inclusivos y respetuosos de la diversidad, en los cuales los estudiantes puedan expresar sus capacidades, reconocer sus raíces y participar activamente en la vida escolar y comunitaria. Por eso mismo la

educación cultural debe entenderse como un componente clave para mejorar la calidad educativa y fortalecer la formación integral de los estudiantes.

Capítulo IV

Recomendaciones

En este capítulo se comparten las recomendaciones que surgieron después de revisar y analizar la literatura y los documentos utilizados en esta investigación. Estas sugerencias buscan aportar ideas que ayuden a fortalecer la educación cultural en la formación de los estudiantes de educación básica. Las propuestas nacen de los hallazgos y conclusiones desarrollados anteriormente, y están relacionadas con los objetivos que orientaron el estudio. Además, buscan conectar los aprendizajes obtenidos con la práctica del Trabajo Social, especialmente en los espacios donde se relacionan la escuela, la familia y la comunidad.

En primer lugar, se recomienda a las instituciones educativas dar más importancia a la educación cultural en el currículo escolar. La educación cultural no debe enseñarse solo en fechas especiales o en actos conmemorativos, sino que debe ser parte del proceso educativo constante. Las escuelas deben incluir la cultura en diferentes asignaturas y proyectos, para que los estudiantes puedan relacionar lo que aprenden con su vida diaria, su familia y su comunidad. La UNESCO (2024) menciona que es importante incluir la educación cultural y artística en todos los niveles de educación.

También, se recomienda generar más espacios para el desarrollo de actividades artísticas y culturales dentro de las instituciones educativas. Actividades como talleres de música, danza, teatro, pintura, literatura, murales, muestras culturales, proyectos comunitarios y encuentros interculturales pueden convertirse en estrategias importantes para fortalecer la participación estudiantil. Estos espacios permiten que los estudiantes expresen sus ideas, emociones, talentos y experiencias, al mismo tiempo que desarrollan habilidades sociales, comunicativas y emocionales. La educación artística favorece la conciencia cultural, la transmisión de saberes y el reconocimiento de las prácticas culturales entre generaciones (UNESCO, 2006).

También, es importante que los maestros estén bien preparados en temas como la educación cultural, la diversidad, la inclusión y las metodologías activas. Los docentes necesitan tener herramientas pedagógicas para diseñar actividades culturales que tengan un propósito educativo claro. La educación cultural debe ser algo más que solo divertido, debe ser una

estrategia educativa que ayude a los estudiantes a desarrollarse de manera integral. Eisner (2002) menciona que las artes ayudan a desarrollar el pensamiento y las capacidades intelectuales, por lo que es necesario que los maestros sepan cómo enseñarlas de la mejor manera. Esto significa que los maestros deben tener una buena orientación pedagógica para que puedan enseñar las artes de manera efectiva.

De igual manera, se recomienda que las familias y la comunidad participen más en los procesos culturales de la escuela. Esto ayuda a los estudiantes a entender mejor su entorno, a apreciar sus tradiciones, a sentirse más conectados con su comunidad y a reconocer la importancia de la diversidad cultural. Las escuelas pueden organizar eventos como encuentros familiares, ferias culturales, conversatorios, proyectos comunitarios y otras actividades que involucren a padres, madres, cuidadores y líderes de la comunidad. La educación multicultural considera que la escuela debe valorar las diferencias culturales y utilizarlas como una oportunidad para aprender y convivir. (Banks, 2016).

Desde el Trabajo Social, se sugiere que es importante ayudar a los estudiantes, docentes, familias y la comunidad a trabajar juntos. Un profesional en Trabajo Social puede ayudar a entender qué necesitan los estudiantes en cuanto a su vida social, cultural y emocional. Esta persona también puede diseñar planes para que todos se sientan incluidos en la escuela, para que se lleven bien y para que participen en las actividades. Además, el profesional en Trabajo Social puede hacer que la escuela y la comunidad hablen entre sí, lo que ayudará a crear grupos de apoyo que beneficien a los niños, niñas y adolescentes en general.

Una recomendación más, es que los centros escolares reconozcan a la educación cultural como un recurso para mejorar la convivencia escolar. Las actividades culturales pueden servir para prevenir conflictos, fortalecer la empatía, promover el respeto por las diferencias y crear entornos escolares más participativos. Por ello, se sugiere que los proyectos culturales estén articulados con los programas de convivencia, inclusión y bienestar estudiantil. La cultura y las artes pueden favorecer el bienestar general, la resiliencia y la relación respetuosa con los demás, necesarios para una convivencia escolar más humana e inclusiva (UNESCO, 2024).

Las escuelas también deberían gestionar recursos y alianzas con instituciones culturales, comunitarias y gubernamentales, estas alianzas pueden facilitar el acceso a materiales,

capacitaciones, espacios artísticos, actividades extracurriculares y proyectos culturales que refuercen la formación de los estudiantes; la articulación con casas de cultura, bibliotecas, organizaciones comunitarias y entidades locales puede aportar mucho a los procesos educativos y dar mayor continuidad a la educación cultural.

Finalmente, se recomienda continuar desarrollando investigaciones sobre la educación cultural en contextos escolares, especialmente en instituciones de educación básica, si se desarrollan nuevos estudios permitirían conocer experiencias significativas, identificar dificultades, analizar el impacto de las actividades culturales y proponer estrategias que contribuyan al fortalecimiento del desarrollo integral de los estudiantes; de igual forma estas investigaciones también pueden aportar al campo del trabajo social, al mostrar la importancia de intervenir en los procesos educativos desde una mirada social, cultural e inclusiva.

Referencias

- Alvarez Ledesma, L. M., & De La Torre Alarcón, M. de los Á. (2020). La educación artística y su incidencia en el desarrollo integral de los estudiantes de básica superior. *Revista Científica Mundo de la Investigación y el Conocimiento (RECIMUNDO)*, 4(4), 39–51.
- Ander-Egg, E. (2020). *Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad* (2.^a ed.). Humanitas.
- Ausubel, D. P. (2020). *Adquisición y retención del conocimiento: Una perspectiva cognitiva*. Paidós.
- Bisquerra, R. (2020). *Educación emocional y bienestar*. Praxis.
- Bronfenbrenner, U. (2020). *La ecología del desarrollo humano*. Paidós.
- Castaño Uribe, F., & Arias Gómez, D. H. (2024). Estado del arte sobre la educación emocional en la escuela. *Plumilla Educativa*, 32(2), 113–137.
- Castillo, M. (2020). Cultura y educación: Perspectivas para una formación integral. *Revista Educación y Cultura*, 12(2), 23–40.
- Castro Clemente, C., & Pérez Viejo, J. (2017). El Trabajo Social en el entorno educativo. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, (22), 215–226.
- Colombia. Asamblea Nacional Constituyente. (1991). *Constitución Política de Colombia de 1991*.
- Colombia. Congreso de la República. (1977). *Ley 53 de 1977. Por la cual se reglamenta el ejercicio de la profesión de trabajador social y se dictan otras disposiciones*.
- Colombia. Congreso de la República. (1994). *Ley 115 de 1994. Por la cual se expide la Ley General de Educación*.
- Colombia. Congreso de la República. (1997). *Ley 397 de 1997. Por la cual se desarrollan los artículos 70, 71 y 72 y demás artículos concordantes de la Constitución Política y se dictan normas sobre patrimonio cultural, fomentos y estímulos a la cultura, se crea el Ministerio de la Cultura y se trasladan algunas dependencias*.

- Colombia. Congreso de la República. (2006). *Ley 1098 de 2006. Por la cual se expide el Código de la Infancia y la Adolescencia.*
- Colombia. Congreso de la República. (2008). *Ley 1185 de 2008. Por la cual se modifica y adiciona la Ley 397 de 1997 —Ley General de Cultura— y se dictan otras disposiciones.*
- Concha-Huarcaya, M. A., Alva-Olivos, M. A., Sosa-Aparicio, L. A., & Carbonell-García, C. E. (2024a). La educación artística y la diversidad cultural para la promoción de la inclusión en las aulas de clase. *Revista Científica UISRAEL.*
- Concha-Huarcaya, M. A., Alva-Olivos, M. A., Sosa-Aparicio, L. A., & Carbonell-García, C. E. (2024b). Impacto de la educación artística en el desarrollo cognitivo y emocional de los estudiantes. *Revista Científica UISRAEL.*
- De la Cruz Flores, G. (2022). La educación en América Latina: desigualdades y desafíos persistentes. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 52(1), 69-88.
- Delgado Cabrera, J. M., Hernández Santana, Y., & García Rodríguez, M. A. (2021). El proceso formativo del profesional para la educación artística. *Mendive. Revista de Educación*, 19(1), 144–157.
- Espín García, M. C., Peñafiel Guerra, V. R., Bermeo Bermeo, M. E., Santana Campos, J., Galeas Caicedo, G. M., & Tigrero Ramos, J. J. (2025). El impacto de la educación artística en el desarrollo integral de los estudiantes de educación básica en el Ecuador. *Revista Científica Multidisciplinar G-Nerando*, 6(1).
- Fernández, M., & Díaz, J. (2021). Creatividad y educación artística en el aula. *Revista Iberoamericana de Educación*, 85(1), 105–120.
- Franco Marín, K. V. (2023). Familia y escuela: Límites y posibilidades en la construcción de vínculos educativos. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 19(1), 193–211.
- García, M., & Pérez, L. (2022). Educación integral y desarrollo de competencias en el siglo XXI. *Revista Iberoamericana de Educación*, 89(2), 34–52.
- Gardner, H. (2021). *Estructuras de la mente: La teoría de las inteligencias múltiples.* Paidós.
- Gimeno Sacristán, J. (2020). *El currículo: Una reflexión sobre la práctica.* Morata.

- Giroux, H. (2020). *Pedagogía crítica en tiempos de crisis*. Paidós.
- Goleman, D. (2020). *Inteligencia emocional*. Kairós.
- Gómez, L., & Rincón, P. (2022). Desarrollo socioemocional y aprendizaje en la educación básica. *Revista Latinoamericana de Psicología Educativa*, 14(1), 60–82.
- González Moreno, A., & Molero Jurado, M. del M. (2023). Recursos de intervención para trabajar las habilidades sociales con adolescentes: Revisión sistemática cualitativa. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 28(98), 863–887.
- Gubbins, V., & Otero, G. (2022). Relación familia-escuela en contextos de diversidad social y cultural. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 52(1), 45–69.
- Hernández-Sampieri, R., & Mendoza Torres, C. P. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw-Hill Education.
- Herrera, L. (2020). Educación musical y desarrollo cognitivo en estudiantes. *Revista de Psicología Educativa*, 12(2), 88–104.
- Jara Hernández, J. J., Correa Holguín, A. S., & Martínez Guzmán, V. (2025). La educación artística y cultural como eje transversal en la evaluación del pensamiento creativo en la escuela colombiana. *Revista Latinoamericana de Investigación Socioeducativa*.
- Jaramillo-Rodríguez, M. I., & Cevallos-Chamba, D. G. (2024). Análisis de las estrategias empleadas en Educación Cultural y Artística para el desarrollo del pensamiento creativo. *Revista Científica UISRAEL*.
- Johnson, D. W., & Johnson, R. T. (2020). *El aprendizaje cooperativo en el aula*. Paidós.
- Kolb, D. (2020). *Experiential learning: Experience as the source of learning and development*. Pearson.
- Lema-Cachinell, B. M., Pérez-Baque, C. J., & Rodríguez-Torres, Á. F. (2023). El aprendizaje cooperativo y su relación con los factores del proceso de enseñanza-aprendizaje. *Revista Metropolitana de Ciencias Aplicadas*, 6(2), 45–53.

- López, R., & Ramírez, S. (2023). Contexto social y aprendizaje significativo en la educación contemporánea. *Revista Educación y Sociedad*, 21(1), 55–70.
- Marcelino Aranda, M., Martínez Cuevas, M. del C., & Camacho Vera, A. D. (2024). Análisis documental, un proceso de apropiación del conocimiento. *Revista Digital Universitaria*, 25(6).
- Martínez-Corona, J. I., Palacios-Almón, G. E., & Oliva-Garza, D. B. (2023). Guía para la revisión y el análisis documental: Propuesta desde el enfoque investigativo. *Revista Científica UISRAEL*, 10(3), 67–83.
- Meneses Luna, E., & Valencia Arguello, E. (2023). El impacto de la educación artística en el desarrollo integral de los estudiantes. *Bastcorp International Journal*, 2(2), 15–24.
- Ministerio de Educación Nacional. (2020). *Lineamientos de educación artística y cultural en Colombia*. MEN.
- Montenegro, J., & Díaz, C. (2022). Intervención social educativa y fortalecimiento de la inclusión escolar. *Revista Educación y Sociedad*, 20(1), 70–89.
- Morales Montiel, L., Grijalva Matamoros, M., & Villanueva Núñez, A. (2025). Educación cultural artística y desarrollo cognitivo en estudiantes. *Revista de Educación y Cultura*, 15(2), 45–60.
- Moura de Carvalho, T. de C., Fleith, D. de S., & Almeida, L. da S. (2021). Desarrollo del pensamiento creativo en el ámbito educativo. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 51(1), 123–142.
- OpenAI. (2026). ChatGPT (GPT-5.5 Thinking) [Modelo de lenguaje de gran tamaño].
- Paredes Valera, A. Y., & Carcausto Calla, W. H. (2022). Interculturalidad en educación básica en países latinoamericanos: Una revisión sistematizada. *Chakiñan, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 17, 205–216.
- Pérez, J., & Castillo, M. (2021). Aprendizaje significativo a través de experiencias artísticas en educación básica. *Revista Iberoamericana de Educación*, 86(1), 95–110.
- Pérez Gómez, Á. (2021). *Educarse en la era digital: La escuela educativa*. Morata.

- Pérez-Cortés, M., Caeiro-Rodríguez, M., & Rodríguez-Hoyos, C. (2023). Experiencias educativas que integran artes, tecnologías digitales y mediación pedagógica. *Revista Educación, 47*(2), 1–19.
- Perrenoud, P. (2020). *Diez nuevas competencias para enseñar*. Graó.
- Presidencia de la República de Colombia. (1981). *Decreto 2833 de 1981. Por el cual se reglamenta la Ley 53 de 1977*.
- Restrepo Restrepo, J. C., & Gallego Henao, A. M. (2023). Relación familia-escuela y fortalecimiento de redes de colaboración educativa. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos, 19*(2), 115–134.
- Quilaqueo Rapimán, D., & Torres Cuevas, H. (2021). Interculturalidad, saberes indígenas y educación en América Latina. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 19*(2), 55-70.
- Rodríguez, P., & Castro, J. (2022). Desafíos de la educación cultural en el sistema educativo contemporáneo. *Revista Latinoamericana de Educación, 18*(1), 77–95.
- Rodríguez-Herrera, M. C. (2025). Educación en competencias socioemocionales, ciudadanas y una cultura de paz a través del arte. *Revista Científica UISRAEL*.
- Ruiz, C., & Mendoza, A. (2023). Arte, cultura y aprendizaje significativo en el aula. *Revista Educación y Sociedad, 21*(2), 80–98.
- Sánchez, R., & Ortega, L. (2022). Arte y desarrollo cognitivo en contextos educativos. *Revista Latinoamericana de Psicología Educativa, 14*(2), 120–138.
- Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Editorial Universidad de Antioquia.
- UNESCO. (2021). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. UNESCO Publishing.
- UNICEF. (2021). *Estado mundial de la infancia 2021*. UNICEF.

- Vargas, M., & León, S. (2021). Educación artística y regulación emocional en estudiantes. *Revista Educación y Desarrollo*, 19(2), 45–59.
- Vera Holguín, J. A., Cevallos Cedeño, A. M., & Rodríguez Álava, L. A. (2021). Políticas educativas inclusivas para el aprendizaje y la participación. *Revista Metropolitana de Ciencias Aplicadas*, 4(3), 134–142.
- Verdecía Almaguer, D. (2022). La formación del profesional para la educación artística en el contexto actual. *Varona. Revista Científico-Methodológica*, 75.
- Winner, E., Goldstein, T. R., & Vincent-Lancrin, S. (2022). *Art for art's sake? The impact of arts education*. OECD Publishing.

Anexos

Anexo A. Matriz de revisión bibliográfica

En este anexo se presenta la matriz de revisión bibliográfica utilizada para organizar y sistematizar las fuentes consultadas durante el desarrollo de la investigación. La matriz incluye información como autor, año, título del documento, objetivo, metodología, principales aportes y categoría de análisis.

Link de acceso: https://uniminuto0-my.sharepoint.com/:x:/g/personal/sara_porras_uniminuto_edu_co/IQCnVlhn4NiWQog90EpY8rumAUdV_WTVLD334YJugIhLGng?e=Wndl14